CEFERINO PALENCIA

Nieves

COMEDIA

en tres actos y en verso

TERCERA EDICIÓN

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
Pez, 40.—Oficinas.—Pozas, 2, 2.°

1894

Nieves

COMEDIA

Representada por primera vez en el *Teatro de la Princesa* de Madrid el día 1 de Febrero de 1894.

CEFERINO PALENCIA

Nieves

COMEDIA

en tres actos y en verso

TERCERA EDICIÓN

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
Pez, 40.—Oficinas.— Pozas, 2, 2.º

1894

DEL MISMO AUTOR

El Cura de San Antonio

Comedia en tres actos y en verso.

El desquite

Juguete cómico en tres actos y en verso.

Carrera de Obstáculos

Comedia en tres actos y en verso.

El Guardián de la casa

Comedia en tres actos y en verso.

Cariños que matan

Comedia en tres actos y en verso.

La Charra

Comedia en tres actos y en verso.

A LA SANTA MEMORIA

DE MI PADRE

PERSONAJES		ACTORES
NIEVES......................	*Señora*	*Tubau de Palencia.*
PANCHA	»	*Llorente.*
DONCELLA................	*Señorita*	*Ortiz.*
SEVERO.....................	*Señor*	*Guerra.*
PEPE ANDÚJAR........	»	*Amato.*
DOCTOR ALAMILLO.	»	*Manini.*
AMBROSIO	»	*Villanova.*
CRIADO 1.º................	»	*Vázquez.*
CRIADO 2.º.....,..........	»	*N. N.*

ACCIÓN CONTEMPORÁNEA

Entiéndanse por derecha é izquierda, las del actor.

Nieves

ACTO PRIMERO

Meseta en la cima de una montaña, con pinos, peñascos y matorrales. En el fondo, se descubre á lo lejos un castillo y extendiéndose junto á el, un pueblo.

A la izquierda, primer término, una roca revestida de musgo y coronada por jarales, que ofrece la figura de un sofá cómodo y espacioso.

A la derecha, la vereda pedregosa que conduce á la fuente del Fraile.

A uno y á otro lado, en segundo término, grandes quebraduras y picachos cubiertos de pinos.

En el centro se supone que principia una vertiente de la montaña, sobre la cual se retuerce la senda. Como este paso ha de ser practicable, resulta preciso, para producir el efecto que se desea, tener abierto el foso y puesta la rampa, tendida hácia la izquierda; vistiendo el hueco de la mejor manera posible, con pedruscos, matas, y troncos de arbol.

La luz inundará el espacio como la del sol poniente de una tarde primaveral.

ESCENA PRIMERA

PANCHA, jadeante, sube por la senda y AMBROSIO el guarda la sigue llevando una silla de tijera en la mano y el fusil al hombro. Cuando acaban de subir, se acercan al proscenio y PANCHA procura tomar aliento.

PANCHA. Jesucristo! que camino
de cabras! que peñascales!
que ascensión tan fatigosa!

AMBROSIO. Vamos! ya *pué* usté sentarse

PANCHA. (En tono zumbón)
Gracias, si me lo permites....
¡Ah! ¿por qué me aseguraste
que era cuestión de minutos
la subida?

AMBROSIO. Porque...

PANCHA. (Tomándole la silla de tijera) Dame
(Se sienta)
AMBROSIO Conté con que la señora
sería un poco más frágil.
PANCHA Mira, bestia, no me insultes.
Uf! cómo me he puesto el traje!
Lo mismo que las ovejas
he dejado en los zarzales
girones de mi vestido
y hasta gotas de mi sangre.
¡Y qué caida! ¿te ríes?
Tiene mucha gracia el lance!
Si no me agarro á un arbusto...
Y luego, el dichoso aire...
¡Buen verde de pantorrillas
se habrá dado este salvaje!
Ahora, que no pase Nieves
por aquí en toda la tarde
y me he divertido; (Asombrada) ¡ay!
¿qué es eso?
AMBROSIO No hay que asustarse;
un aguilucho.
PANCHA. Jesús!
y que haya gentes que canten
las excelencias del campo!
No te vayas!
AMBROSIO. Como mande
vuecencia.
PANCHA No tengo título
y el tratamiento es en balde.
¿No asoma por ningún lado
la señora?
AMBROSIO. No, ni es fácil
divisarla aunque esté cerca;
y eso que la altura es grande.
En Madrid no hay estas vistas.
PANCHA. Hay otras de más alcance.
¿Y todo esto pertenece
á la posesión?
AMBROSIO Cabales.

Lo menos en cuatro leguas
á la redonda, hasta el aire
que se respira...

PANCHA. Sí, es vuestro.

AMBROSIO. Esto es lo más admirable...
Aquí hay de *tóo* lo del mundo.
Mire usté: entre esos jarales
mana una fuente.

(Señalando hácia la derecha)

PANCHA. ¿Una fuente?

AMBROSIO. Sí señora, la del Fraile;
llamada así, porque fué
descubierta por un padre
dominico, que venía
á beber todas las tardes.

PANCHA. No digas más, será buena.
Si puedes proporcionarme
un vaso...

AMBROSIO. Lo que es un vaso...
Tendrá usté que arrodillarse
y beber...

PANCHA. Cómo las mulas?

AMBROSIO. Aguarde usted un instante;
se la traeré á usté en mi mano.

PANCHA. Uf! que asco! prefiero ahogarme
de sed.

AMBROSIO. Pues en la petaca.

PANCHA. Menos; nada, no te canses
¡Oh delicias pastoriles!

AMBROSIO. Ahí tiene usté: los jigantes.

(Señalando hácia la derecha)

PANCHA. ¿Esos pinos?

AMBROSIO. Justamente

PANCHA Cierto que son formidables.

AMBROSIO. No los abarcan seis hombres.

PANCHA. Por mí, que no los abarquen.

AMBROSIO. Esa es la gruta del rayo,
llamada así...

PANCHA. (¡Qué cargante
y qué zafio es este tío!)

AMBROSIO. Porque un día...

PANCHA. Memoroble
descargó en estos contornos
una tormenta muy grande
y cayó un rayo.

AMBROSIO. Eso mismo.
Pero, ¿usté como lo sabe?

PANCHA. Misterios.

AMBROSIO. Ya! (Señalando al fondo derecha) La estación
del ferrocarril; Lagares,
un pueblo de mucha pesca.
El Castillo, Romerales;
el diván de la señora
condesa.
(Diciendo esto señala el banco de roca)

PANCHA. Qué disparate!
¿El diván esos pedruscos?

AMBROSIO. Es claro. Así han *dao* en llamarles

PANCHA. Y por qué?

AMBROSIO. Porque ahí se sienta
la señora *toas* las tardes
cuando regresa de caza.

PANCHA. Con Andújar? No te espantes.
Con D. José?

AMBROSIO. Así se llama:
D. José Andújar Humanes;
el mejor apoderado
que hemos tenido.

PANCHA. (Con malicia) Ya! ¿y salen
á cazar todos los días?

AMBROSIO. Casi *toos*.

PANCHA. ¿Y no vá nadie
con ellos?

AMBROSIO. Yo algunas veces;
pero el señor...

PANCHA. Eh?

AMBROSIO. Carape!
siempre me equivoco; digo:
D. José, suele internarse
por los bosques, y se pierden

y vienen á este paraje
á reunirse. Allí vá Bruno,
el cartero.

PANCHA. Sí? Pues llámale
á ver si tengo yo carta.

AMBROSIO. Mejor es ir á buscarle.
(Váse por la izquierda)

ESCENA II

PANCHA

PANCHA. Es decir, que cada día
que pasa, están más amantes
y cada vez más dichosos,
y en más dulce maridaje
cada vez; ¡buena embajada
la que traigo á estos lugares!
Se trata de dos... naciones
encarnizadas rivales,
que se disputan hoy, una
especie de isla flotante,
á la que un temblor de tierra
arrojó dos años hace
en los dominios de Nieves;
luchas internacionales:
y yo, Estado... independiente...
hasta cierto punto... Eh? nadie.
Aliada de la Consuelo
al par que amiga *intachable*
de Nieves, vengo á entablar
negociaciones formales
cerca del Rey de esta isla.
¿Conseguiré anexionarle
á mi nación predilecta?
That is the questión! Pancha! Avante!
Valor! por algo te llaman
la embajadora.

ESCENA III

PANCHA—AMBROSIO trayendo un periódico y dos cartas.

PANCHA. ¿Qué traes?
AMBROSIO. Una carta y un periódico
para usted, aquí están
PANCHA. Dame.
(Examinando la letra del sobre)
De Consuelo. ¿Y esa otra,?
AMBROSIO. Para la señora.
PANCHA. Calle!
parece de su madrina,
(Vieja más insoportable!)

(AMBROSIO se aleja un poco mirando á una y otra parte para entretener su ociosidad.—PANCHA deja el periódico sobre banco rústico, rompe el sobre y lo tira Desdobla la carta y encuentra dentro del pliego de papel otro sobre cerrado. Todo que dice, será de modo que se comprenda bien que Ambrosio no la oye.)

Vamos á ver qué me dice.
Eh? otro sobre? ¿Qué diantre
viene aquí dentro? Un oficio;
sí, muy cerrado con lacre;
y el sello del Ministerio
de Ultramar; ya no hay escape.
Ha logrado para Andújar
algún empleo importante
en la Habana, y le remite...
Como ella debe marcharse
el quince del mes que viene.
Lo que sabe! lo que sabe!
(Leyendo y recitando alternativamente como indican las comillas)
«Mi querida Pancha; estoy
»impaciente; dime qué haces.»
¡Qué atroz! vine ayer mañana
y casi he podido hablarle.
«¿Sigue tan enamorado
»y tan fiel?» Como no cambie...
Eso no es hombre, es un perro;

por algo han dado en llamarle
el *bulldog* de la Condesa.
«Te mando en un pliego aparte
»la credencial» Justo «y una
»invitación á mi baile
»de mi puño y letra, con
»su posdatita insinuante;
»todo lo cual, reunido
»á tus dotes singulares...»
Veremos. «Por lo que pueda
»influir en nuestros planes,
»te aviso que hoy ha llegado
»el tutor de Nieves...» Tate!
(Guarda el papel)
El moderno Quasimodo,
el nuevo Judio Errante!
¿Vendrá aquí? si tal hiciera
mi victoria era indudable,
porque al ver á su expupila
viviendo con un amante,
arma la gorda... y... ¡Socorro!
(Asustada por un disparo hecho muy cerca)

ESCENA IV

Dichos.—NIEVES, en traje de caza, entrando por la derecha.

NIEVES. Já, já, já! No hay que alarmarse.
Anda, recoge una liebre
que queda al pie de esos árboles.
(Vase Ambrosio por la derecha)

PANCHA. Hija, te anuncias con salvas,
como los días notables.

NIEVES. Mucho que sí. Pero, dime:
casi debiera enfadarme
contigo; ¿por qué te encuentro
á distancia respetable
de mi *Chateau*, y sin embargo
esta mañana alegaste,
para no ser de los nuestros,
el cansancio de tu viaje?

PANCHA. Pues, porque ya he descansado.
He salido paseándome;
y guiada por el guarda
vine á este sitio á esperarte.

NIEVES. Con tu silla de tijera
y todo...

PANCHA. Sí, no lo estrañes;
en el campo no me siento
en el suelo, aunque me aspen.
Además de las espinas
que una se clava al sentarse,
hay bichos muy atrevidos.

NIEVES Qué pudor!

PANCHA. De viuda martir.
Pero deja que te admire,
chica. ¡Qué precioso traje!

NIEVES Me le ha traido de Londres
Andújar.

PANCHA. Que bien te cae!
Estás muy guapa; guapísima

NIEVES. Aduladora!

PANCHA. Y qué carnes!
¡y qué colores!

NIEVES. Bah!

PANCHA. Nada,
que te sientan estos aires
y esta vida.

NIEVES. Es deliciosa.

PANCHA. Sí, eh?

NIEVES. ¡Lo más agradable...!
(Deja la escopeta)
Oye y juzga: me levanto
á las nueve lo más tarde,
y entre el baño, el desayuno,
la *toilette* y varios valses
de *Straus* que toco al piano,
veo el tiempo deslizarse
hasta bien entrado el día.
Cómo, y enseguida al parque
á tomar café; reposo,

me armo *caballera* andante
y á cazar, que es mi embeleso.

PANCHA. Felíz tú.

NIEVES. ¿Puede que trates
de decir que no te agrada
este ejercicio...?

PANCHA. Me place...

NIEVES. Tú! la primer cazadora
de tus tiempos... y aún hoy...

PANCHA. Cállate.

NIEVES. ¡Si es divino! Vés á un oso,
que bien puedes compararle
á un hombre: pues, le persigues
y dá principio el ataque.
Le acosas con tus disparos,
le comprometes, le atraes
al punto que te conviene,
logras por fin fatigarle
y cuando ya está rendido...
¡pum! y á tus piés rueda exánime.
¿Hay victoria más completa?
¿Hay dicha que más halague?

PANCHA. No; pero si el oso es listo
y sus garras de jigante
logran hacer en ti presa.,.
es decir, interesarte...
Adios victoria.

NIEVES. ¡Inocente!
Si yo me pongo a su alcance
claro está; mas ¿de que sirven
los mil recursos del arte
cinegético?

PANCHA. La caza
en el plato y sin azares.

NIEVES. Nada de eso; una vez muerta
se la abandona á las aves
de rapiña; ó se aprovechan
sus pieles, para limpiarse
el polvo de los zapatos.

PANCHA. Cuestión de gustos.

NIEVES. Y edades.

(Se sienta en el *diván)*

PANCHA. Nada, no me tira el verde.
Seré rara, extravagante,
pero...

NIEVES. Yo no te esperaba,
la verdad.

PANCHA. Y ¿á que engañarte?
Vengo aquí, porque los médicos
me han mandado tomar aires;
estoy muy torpe, me ahogo.

NIEVES. Pues te advierto, que no sales
en un mes de mis dominios.

PANCHA. Hija ¡por Dios! no me mates.

NIEVES. ¡Serás desagradecida!
Si es porque quiero curarte.
Tú no ignoras que á pesar
de... de ciertas amistades
te profeso un gran cariño.

PANCHA. Si ya te dije que hace
más de un mes, que ni me vé
ni me oye la de Olivares.

NIEVES. (Con ironía.)
¿Y no sabes si ya ha muerto?

PANCHA. No digas atrocidades.
¿Por qué odiarla de ese modo?

NIEVES. Por nada, si ella es un angel;
si hasta me adora...

PANCHA. No es eso.

NIEVES. (Mostrando rencor)
¡Que por qué la odio! (Levantándose)

PANCHA. Cálmate.

NIEVES. Nacimos el mismo día
y ambas en cunas iguales;
es decir, las primogénitas,
las dos, de dos casas grandes.
Mi bautizo quitó al suyo
brillantez; fuimos rivales
desde que nos conocimos,
como lo eran nuestros padres;

y en la pensión, cuando niñas
en dos bandos implacables
dividimos el colegio.
¡Oh! si empezara á contarte...
Ya jóvenes, y al lanzarnos
en el gran mundo, con aires
las dos, de reina absoluta,
fué la guerra ajigantándose;
y por último, ambas libres,
viudas, con cierto carácter
de independencia, sin freno
á nuestras dos voluntades,
á banderas desplegadas
libramos nuestro combate.
El caballo favorito,
el hombre del día, el traje
y la joya de más precio,
todo es motivo constante
de encarnizada pelea...
(Muy descompuesta)
¡Envidiosa! ¡Miserable!
Hasta que la pulverize...!

PANCHA. Bueno, mujer, no te exaltes.

NIEVES. (Recreándose con sus pensamientos)
Ahora, ha llevado tres golpes
de marca mayor.

PANCHA. ¿Sí? ¿Cuáles?

NIEVES. Tengo el proscenio del Real
desde este año.

PANCHA. Al fin lograste...?

NIEVES. Las dos, sin piedad alguna,
hemos estado contándole
los días al pobre duque,
que desde el año del hambre
disfrutaba de ese palco;
y aun caliente su cadáver
ambas con la propia idea
nos fuímos al Real.

PANCHA. ¡Qué lance!

NIEVES. Cuando yo llegué, se hallaba

allí Consuelo; el tunante
del dependiente ya iba
muy solicito á abonársele.

PANCHA. ¿Y qué?

NIEVES. Que le hice una seña,
comprendió y en el instante
le dijo, — «Es de esta señora
que viene, ... —Justo, á pagarle.»

PANCHA. !Bravo!

NIEVES. Se fué hecha una furia!
¿Y la *Kermesse* memorable
que hicimos para las víctimas
de las últimas catástrofes?
Se formaron dos partidos;
el de las ministeriales
que Consuelo presidía,
y yo el de las discrepantes.
Me valí de mil recursos,
eché mano de mil artes
y, acuerdate, recaudé
seis veces más.

PANCHA. Admirable!

NIEVES. Lo publiqué en los periódicos
con letras así de grandes.
Y ahoia mismo, há pocos días,
ha pretendido plantarse
enfrente de mi palacio;
salió un solar á remate
y lo pujó, pero yo
sin mirar precio ni bases
me quedé con él.

PANCHA. ¿De veras?

NIEVES. Y he mandado que levanten
allí mis caballerizas.

PANCHA. ¡Que atroz!

NIEVES. Quería tomarle
para construir un templo
á su orgullo; pues ¡que rabie!
y vea que sus grandezas
á mi tan solo me valen

para albergar mis caballos,
más que ella, de pura sangre.

PANCHA. ¿Odio africano?

NIEVES. Cruel.
Guerra á muerte.

PANCHA. (Me deshace
ó me cuelga de algún pino
como sorprenda mis planes.)

ESCENA V

Dichas, AMBROSIO, trayendo una liebre.

AMBROSIO. ¿Llevo la liebre al Castillo?

NIEVES. Para tí.

AMBROSIO. Dios se lo pague.
á vuecencia. ¡Ah!

NIEVES. ¿Qué te ocurre?

AMBROSIO. El cartero me dió antes
Para vuecencia esta carta.

(Nieves coge la carta que Ambrosio le presenta.)

PANCHA. ¿Y Andújar?

NIEVES. Voy á llamarle.
No transcurren diez minutos
sin que llegue.

(Toca el cuerno de caza y otro sonido igual responde por la izquierda. Pancha y Nieves, quedan mirando hácia el camino que desciende.)

PANCHA. Lo acertaste,
porque yo ya le diviso.

NIEVES. ¿Sí?

PANCHA. ¿Qué es aquello que trae
sobre el caballo? ¿es un ciervo?

NIEVES. Justamente.

PANCHA. ¡Bravi! ¡bravi!
¿Le subirá aquí?

NIEVES. Lo dudo.

PANCHA. ¿No? pues yo quiero admirarle
de cerca.

NIEVES. Cuando volvamos
al castillo.

PANCHA. No, no, antes.
Saldré á su encuentro... (Y de paso
veré si puedo insinuarle...)
(Aléjase por la rampa, Ambrosio la sigue)
AMBROSIO. Cuidadito con caerse.
¿ *Quié* usté mi brazo?
PANCHA. ¡Habrá cafre!
¡Ay!
NIEVES. ¿Te has caido? Es dívina
esta Pancha. Sin correr
despacio.

ESCENA VI

NIEVES. Se sienta en el *diván* abre la carta, y lee lo que indican las comillas, recitando lo demás.

NIEVES. Vamos á ver
que le ocurre á mi madrina.
Bah! la ha tomado conmigo.
«Lo que hablan de tí es muy grave.
»porque todo Madrid sabe
»que Andújar está contigo..
»Yo opino, que sin demora
»os caséis ó le abandones;
»eres libre en tus acciones,
»mas, piensa que una señora...»
Bueno, bien; manga muy ancha
para quien sabe fingir
y... «Me acaban de decir
«que fué á visitarte Pancha.
»Y aunque te muestre interés
»no fíes en sus extremos,
» pues no ignoras, que sabemos
perfectamente quien es.»
¡Qué hipócrita sociedad!
la critican de mil modos,
y no obstante, todos, todos
solicitan su amistad.
«Y si achacas este celo

»á torpes sospechas mías,
»te diré que varios días
»ha comido con Censuelo.»
(Recelosa)
¿Qué? «No debes ignorar
»que uña y carne son ahora,
»y que la organizadora
»del baile que piensan dar
»es ella...» ¡Como! ¿Qué labra
contra mí? Me ha asegurado
que hace ya un mes, no ha cruzado
con Consuelo una palabra.
(Preocupándose más y más)
¿Qué es esto? ¿Por qué engañarme?
¿Por qué al encuentro ha salido
de Pepe? ¿Si habrán urdido
algo para arrebatarme...?
(Se levanta y recorre la escena con inquietud)
¡No! fuera el colmo, venir...
De fijo, ni aún lo imagina...
Sin embargo, mi madrina
es incapaz de mentir.
No sé, de todos recelo.
(Repara en el sobre que arrojó Pancha)
¡Un sobre! Ah! Ya ¿qué dudo?
(Lo recoge)
Esta letra y este escudo
pertenecen á Consuelo.
Pancha acabará de abrir
su carta... Sí. ¡Fementida!
(Pausa corta. Meditando se repone y se tranquiliza)
Calma, es mia la partida
y me quiero divertir.
El plan de seguro existe
y soñará con vencer.
La Olivares no es mujer
que escarmienta ni desiste;
y esta será portadora
quizá de algún documento,

pues con harto fundamento
la llaman la Embajadora.
¡Nécias! con torpes dobleces
me venís á provocar!
Juro que habéis de apurar
el cáliz hasta las heces.
(Mirando hácia el camino)
Ella.

ESCENA VII

NIEVES. PANCHA y ANDÚJAR vestido de cazador, aparecen por el camino figurado por la rampa. Vienen hablando; ella con mucho calor, el con simple cortesia.)

PANCHA. Vale usté un tesoro:
es usté un gran cazador.
ANDÚJAR. Mediano.
PANCHA. ¡Pero señor!
si eso no es ciervo, es un toro.
¡Jesús!
ANDÚJAR. Exajeraciones.
PANCHA. (Acercándose al proscenio, dirígese á Nieves)
Te digo...
ANDÚJAR. No es mala pieza.
PANCHA. Sobre todo, ¡que cabeza
y que ramificaciones!
No miento: en mi vida ví
otras tan grandes ni tan...
Mira tú como serán
que me ha sorprendido á mí.
ANDÚJAR. Tiene usted aficiones...?
PANCHA. Oh!
ANDÚJAR. (A Nieves con esquisita dulzura)
¿Hace mucho que me esperas?
Me hizo sudar muy de veras
ese ciervo, más cayó.
Tenía yo en darle caza
gran interés, Nieves mía.
NIEVES. Pues ¿cómo así?
ANDÚJAR. El otro día...

(Se sientan los dos en el divan. Pancha se retira un poco hácia el fondo sin dejar de observarles)

PANCHA. (Aquí sobra uno, cachaza.)
ANDÚJAR. Te quedaste en tu *boudoir*
adormecida, traspuesta;
y á poco rato, indispuesta...
NIEVES. Si, me tuve que acostar.
Fué solo un enfriamiento.
ANDÚJAR. Producido...
NIEVES. Verdad es;
porque me helaron los piés
las losas del pavimento.
Sudé aquella noche...
ANDÚJAR. Si;
más, con cierta indignación
dijiste; «¡Qué imprevisión!
no haberse traído aquí
ni una piel; estos criados...
¡habiendo tantas allá...!»
Yo callé al oirlo.
NIEVES. ¡Ya!
ANDÚJAR. Pero atento á tus cuidados
y á falta de otra mejor,
pensé en el instante aquel
proporcionarte una piel,
débil muestra de mi amor.
¡Acéptala!

(El suplicante y ella satisfecha)

NIEVES. Pobre!
ANDÚJAR. ¡Cuantas
envidiarían su estrella!
Dichosa mil veces ella
que puede besar tus plantas.
NIEVES. Toma.

(Ofreciéndole una mano que Andújar oprime y besa)

ANDÚJAR. Ah!
PANCHA. (Qué sumisión!)
ANDÚJAR. Ya estoy pagado!
PANCHA. (Y yo aquí...!)

ANDÚJAR. Mírame! mírame!

NIEVES. (Complacida en su orgullo satisfecho)
(Así
comprendo yo una pasión.)

PANCHA. (Junto al arranque del camino y mirando hácia abajo gríta, fingiéndose asustada)
Chucho! chucho. ay! ay!

NIEVES. ¡Mujer!
¿qué te pasa?
(Levántanse Nieves y Andújar)

PANCHA. ¡Friolera!
Un mastín hecho una fiera
que me venía á morder.
¡Valiente susto me ha dado!

NIEVES. (Asomándose al camino)
No le veo, ¿dónde vá?

PANCHA. Quien sabe.

NIEVES. Tal vez será
Torrente.

ANDÚJAR. Está bien atado
y no asoma por aquí.
(Acércase á Pancha y dice friamente)
Yo la conozco á usted mucho,
Panchita.

PANCHA. Y ¿qué?

ANDÚJAR. Lo de *chucho*,
es una alusión á mí.

NIEVES. ¿Cómo?

PANCHA. Tú no creerás...

ANDÚJAR. La olvidamos...

NIEVES. ¡Evidente!

ANDÚJAR. Y por hacerse presente...

PANCHA. Pero si...

NIEVES. (Con severidad á Pancha que trata de justificarse)
No digas más.

ANDÚJAR. Nada, si no me incomodo.

PANCHA. No sé porque ha interpretado...

ANDÚJAR. ¿Creé usted que no ha llegado
á oídos míos mi apodo?
Soy un *bulldog*, es verdad,

y en serlo cifro mi empeño,
Por eso guardo á mi dueño.
perruna fidelidad.

PANCHA. Es claro, y no es cosa rara
tan galante sumisión
tratándose...

NIEVES. (La traición
la está saliendo á la cara).

ANDÚJAR. Más ni mengua ni desdoro
hay en mí, según infiero,
pues también soy cancerbero
de este envidiable tesoro;
y si alguien osado, fuera
no más que acercarse á él,
muy pronto el manso lebrél
en león se convirtiera.

PANCHA. Consecuencia que yo saco
que usté aunque amante humildísimo,
es muy celoso.

ANDÚJAR. Muchísimo.

PANCHA. (Pues ya se cual es tu flaco.)

NIEVES. (Empecemos á inquirir.)

(Tomando el periódico que Pancha dejó junto al *diván)*

Dime, tú eres suscritora
de este periódico?

PANCHA. Ahora
le acabo de recibir.

NIEVES. Y ¿no has recibido mas
correspondencia?

PANCHA. Una carta
de mi casero. Estoy harta
de ese hombre.

NIEVES. Le deberás...

PANCHA. Poco.

NIEVES. (Después de abrir el periódico y examinarlo rápidamente)

¿Escribe tu sobrino
estas revistas?

PANCHA. No sé.

¿Por qué lo dices?

NIEVES. Porque,
no estoy cierta, aunque adivino
algo...

PANCHA. Jesús! me confundo
con tus reticencias. Dí.

NIEVES. Oye lo que dice aquí
en la sección «*El gran mundo*.»
(Leyendo)
«Antes de salir para sus posesiones de
»Cuba, la bellísima condesa de Santa
»Clara, Consuelito Olivares, quiere dejar
»entre nosotros imperecedera memoria
»de su estancia en la corte. El baile de
»trajes que prepara en su expléndido
»Palacio, superará sin duda alguna á
«cuantos hasta la fecha se han verifica-
»do. Todo el Madrid elegante se apresta
»á la batalla.»

PANCHA. Eso era ya muy sabido.
No veo nada en justicia...

NIEVES. Calma, y oye la noticia
que viene á renglón seguido.
(Sigue leyendo)
«Se indica para desempeñar un alto
»puesto en la Habana, á un diputado de
»la mayoría, distinguido *gentleman*, que
»goza de singular predilección entre las
»damas, y cuya celebridad reconoce por
»causa, amen de sus relevantes méritos,
»los diferentes lances de honor que con
»fortuna ha sostenido. Nuestra enhora-
»buena al agraciado.»
Lo que el discreto lector
traduce de esta manera:
la condesita hechicera
y el diputado, señor
Don José Andújar...

ANDÚJAR. ¿Yo?

PANCHA. Creo

que si haces caso de hablillas...

NIEVES. Saldrán para las Antillas
en el próximo correo.

ANDÚJAR. ¿Cómo?

NIEVES. (Riendo provocativa y nerviosamente)
Já, já!

ANDÚJAR. ¿Quién ha escrito...?

PANCHA. Pues hija, á mí no me choca
(De seguro que esa loca
se lo ha indicado á Gorito.
¡Imprudente!)

NIEVES. Conque ¿á tí
no te choca? Es singular.

PANCHA. Porque lo creo un *canard*
como muchos otros.

ANDÚJAR, ¿Sí?
Pues aunque el caso no asombre,
por mi parte, no tolero
que ningún gacetillero
se divierta con mi nombre.

PANCHA. Y ¿quién puede asegurar
que el suelto á usted se refiera?

ANDÚJAR. Me alude de una manera
que no permite dudar.
Y como es cosa probada
que de nadie necesito,
ni quiero, ni solicito,
ni he solicitado nada;
y nunca he sido ambicioso,
y estoy muy bien donde estoy...
pues no me trocara hoy
por el hombıe más dichoso:
haré que ese escritorzuelo
se guarde sus parabienes.

NIEVES. (Aparentando mucha tranquilidad, y dirigiéndose á Pancha)
Pues ya sabes lo que tienes.
que contestar á Consuelo.

PANCHA. ¿Yo, á Consuelo?

NIEVES. Ay! Es verdad.

Perdona.

PANCHA. ¡Qué desvario!

NIEVES. (Con reconcentrada ironía)
Como tengo á pesar mio
tan presente á esa beldad...

PANCHA. (Ese tono... Hay que lanzarse,
y á la primera ocasión...)

NIEVES. (¡Viles!)

PANCHA. (Me dá el corazón
que esta empieza ya á escamarse).
Yo me encargo de reñir
y muy en serio á Gorito.

ANDÚJAR. ¿Para qué? no lo permito.

PANCHA. ¡Cómo! ¿le vá usté á escribir?

ANDÚJAR. Sí señora.

PANCHA. De ese modo
preveo un lance de honor.
Escriba usté al director
que es responsable de todo.

NIEVES. (Desdeñosa)
No te alarmes.

PANCHA. Te suplico...

ANDÚJAR. Si hay gentes que se doblegan...

PANCHA. Es que este es de los que pegan
y me inutiliza al chico.

NIEVES. No temas, yo te respondo
de que no le llorarás.

ANDÚJAR. Pero...

NIEVES. (A Andújar en tono imperativo)
Tu no escribirás...
Y hagamos punto redondo.

ESCENA VIII

Dichos dos criados, trayendo la merienda. Cubren con manteles una mesa de tijera que arman en escena, y van colocando encima platos, cubiertos y manjares.

ANDÚJAR. La merienda.

NIEVES. Bien venida;
á comer, que es lo que importa.

PANCHA. No, no he de quedarme corta
porque estoy desfallecida.

NIEVES. (Que se ha retirado un poco mirando hácia la izquierda por donde se supone la subida)
¡Eh! ¿quién es aquel señor
de figura tan extraña?
Si la vista no me engaña
es mi extutor.

ANDÚJAR. ¿Tú extutor?

NIEVES. Sí.

PANCHA. (Ya gruñe el cancerbero).

NIEVES. ¡Yo que le creí viajando!
¡Qué alegría! Voy volando.
¡Tutor! ¡tutor!
(Dando voces, echa á correr como una niña, por el camino, hasta que desaparece)

ANDÚJAR. Aquí espero.

PANCHA. ¡Va loca!

ANDÚJAR. ¡Qué frenesí!

PANCHA. ¡Le quiere tanto!

ANDÚJAR. Y ¿á qué
viene ahora ese hombre?

PANCHA. ¿Usté
no le conoce?

ANDÚJAR. ¿Yo? Sí.
Es decir, nunca le he visto.

PANCHA. Entonces...
(Cón marcada intención de molestar el amo propio de Andújar)
Es un jiboso
muy alegre, muy gracioso
y, sobre todo, muy listo.

ANDÚJAR. Sí, ¿eh?

PANCHA. Y á más, millonario.

ANDÚJAR. ¡Oh!

PANCHA. Según lenguas aleves
el pobre siente por Nieves
un afecto extraordinario.
Platonismo, ¡Una locura!
Un amor en el misterio.

¡Infeliz! ¿Quién toma en serio
á semejante figura?

ANDÚJAR. (Muy nervioso y algo preocupado)
Hará usted que desatine
escuchándola.

PANCHA. Pues nada...
(La semilla está arrojada;
esperemos que germine).

ESCENA IX

Dichos y SEVERO que viene del brazo de NIEVES por el camino ascendente.

NIEVES. ¡Qué sorpresa! ¿Y te estarás
muchos días á mi lado?

SEVERO. Veremos, aun no he pensado...

NIEVES. ¡Ay que alegría me dás!
Si me parece imposible
tenerte... Cuando llegaste
ayer ¿Por qué no avisaste?

SEVERO. Porque juzgué preferible
este golpe teatral.

NIEVES. Dame otro abrazo.

SEVERO. Y cuarenta!

NIEVES. Vamos, ¡estoy más contenta
con mi jiboso...!

PANCHA. (Aparte á Andujar)
(Qué tal?)

ANDÚJAR. (Es insufrible...)

PANCHA. (Aparte á Andujar)
(Le adora)

SEVERO. (Saludando ceremoniosamente)
¡Señores!

PANCHA. Aquí estoy yo,
señor don Severo

SEVERO. Oh!
mi querida embajadora.

PANCHA. No me empiece usted á insultar.

SEVERO. Pero hija, despues de todo
el de usted es un apodo

que se puede soportar.
¡La embajadora! Pues que,
¿no sabe la corte entera
que usted siguió la carrera
diplomática?

PANCHA. ¿Yo?

SEVERO. Usté,..
ó su marido, es igual;
y que han pasado su vida
anhelando ver cumplida
pretensión tan natural.
¡Ser embajadores!

PANCHA. Cierto;
y al fin lo habríamos sido
si siempre hubiera seguido
mis instrucciones el muerto.

SEVERO. Pues entónces...

NIEVES. Bien, tutor.
Terminada esa querella
te presento á mi...

PANCHA. (Aquí es ella.)

SEVERO. Ya sé, á tu administrador,
y apoderado y amigo.
Tengo un singular placer...

ANDÚJAR. (Es ridículo temer
á semejante enemigo.)

NIEVES. Pero tu estarás cansado;
vámonos.

SEVERO. De ningún modo.
Estoy bien, y sobre todo
ya me tienes muy sentado.
(Se sienta en la silla de tijera que trajo Pancha)

NIEVES. Ocho horas de tren.

SEVERO. Pues nada;
no hay quien me mueva de aquı.
Yo no quiero que por mí
se interrumpa la jornada.

NIEVES. Y ¿de donde vienes?

SEVERO. ¡Oh!
De visitar mil lugares

y correr cien mil azares,
y cien mil peligros.
(Respondiendo á un ademán de Nieves)
No
esperes que me corrija;
mi delirio es el viajar.
Sin parientes, sin hogar
y sin residencia fija:
vivo nómada y errante,
rico y libre sin segundo
paseando por el mundo
mi figura extravagante.

ANDÚJAR. (En tono burlón)
¿Extravagante?

SEVERO. Hasta allí;
ríase usted, no me ofendo.
Desde que llegué estoy viendo
que se burla usted de mí.

NIEVES. (Muy seria)
Pues si se burla, hace mal.

ANDÚJAR. Está usted equivocado.

SEVERO. Tá, tá, tá! si no me enfado;
si es cosa muy natural.
Si dentro de mí se encierra
todo lo raro y risible:
si soy el ser más horrible
de cuantos hay en la tierra.
No es modestia, ni manía.
Así nací y así sigo:
pero crea usted mi amígo
que no fué por culpa mía.

ANDÚJAR. Es claro.

SEVERO. Al dar la belleza
se olvidaron de este triste.
La culpa, pues, si aquí existe
es dc la Naturaleza.

ANDÚJAR. Sin duda.

SEVERO. Que se mostró
tan pródiga en fealdad
conmigo, que, la verdad,

á sí misma se excedió;
pues no hay hombre que presente
desde Poniente á Levante,
naríz más exhuberante
ni jiba más insolente.

ANDÚJAR. Cierto que es voluminosa.

SEVERO. Así la quiso mi estrella.
Por supuesto que, con ella
¡me sucede cada cosa!
Como se ha dado en decir
por el vulgo necio y vano...

ANDÚJAR. Sí, que con pasar la mano
por una jiba...

SEVERO. Adquirir
se puede dicha y fortuna;
tengo un lance á cada hora.
Hace poco, una señora,
tan linda como importuna,
atrayéndome á su lado
y en tono muy plañidero
me dijo así: «Caballero,
»yo me encuentro en cierto estado
»Ha días mi calma roba
»un antojo singular.
»¿Me permite usted pasar
»la mano por su joroba?»
Y yo, lejos de enfadarme,
la espalda la presenté
diciéndola: «Ahi tiene usté
á ver si logra igualarme.»

ANDÚJAR. Es gracioso este tutor.

SEVERO. ¿Me encuentra usted agraciado?
Soy un hombre resignado
que gasta muy buen humor.
De jóven como de viejo
nunca le he perdido...

(Breve pausa, despues de la cual, prosigue con tono solemne)

Si.
La primer vez que me ví

siendo ya hombre en un espejo.
Lo que me pasó, no sé,
sentí un vértigo espantoso
que me cegaba, furioso
sobre el cristal me arrojé,
y en polvo con mano impía
casi llegué á convertirle,
creyendo que al destruírle
yo mismo me destruía.

NIEVES. ¡Jesús!

SEVERO. Cuando el arrebato
dió lugar á la razón,
me avergonzé de mi acción
digna sólo de un ingrato:
pues traté como enemigo
al que leal y sincero
fué siempre mi consejero,
mi mejor, mi único amigo.

PANCHA. (Tiene más veneno oculto!)

NIEVES. Pero no te formalices
de ese modo.

SEVERO. Muy bien dices;
en sério no me resulto.

NIEVES. Ah! te voy á preguntar
una cosa. El otro día
un periódico decía...

SEVERO. ¡Ya! que me voy á casar.

NIEVES. ¿Es cierto?

SEVERO. No te alborotes;
aún no he buscado pareja.
Es una broma, ya añeja
que me dan mis amigotes.
Majaderías, sandeces.
Créen que me pico y ¡cá!
porque me han casado ya
lo ménos cincuenta veces.

NIEVES. Hasta que te casen cien.

ANDÚJAR. (Con intención de zaherir)
Después de todo ¿qué extraño
sería, que este ú otro año...?

SEVERO (Con mucha sorna)
Hombre, míreme usted bien.
Quizá en el mundo existiese,
no quiero ofender la clase,
quien tanto por mí cegase
que mis defectos no viese.
Mas en cada ciento, habría...
una sóla.

ANDÚJAR. (Con intención jocosa y punzante.)
Y ya era apuro
encontrarla.

SEVERO. (Muy serena digna y amargamente.)
De seguro
que yo no la encontraría.
Esta convicción fatal
la adquirí en años mejores;
allá, por los alredores
del tiempo primaveral;
y desde entonces juré,
aún á trueque de morirme,
no dar mi nombre, ni unirme
á mujer alguna; que
tengo mucho adelantado
por haber así nacido,
si no para ser vendido...
para ser sacrificado.

NIEVES. Pues hijo, el hombre y el oso...

SEVERO. Es verdad, y así lo creo,
pero una cosa es ser feo
y otra cosa monstruoso;
y, en fin, mi suerte está echada
y así he vivido hasta el día.
El matrimonio, hija mia,
es una carga pesada,
y si una mujer me emboba
me acuerdo de ello al intante...
que, para peso, es bastante
el peso de mi joroba.
Y basta de relación
y continúe el jolgorio.

NIEVES. Sí.

PANCHA. (Aparte á Andújar.)
(Bajo ese promontorio:
¿no advierte usté una pasión?

NIEVES. (A los criados) Servidnos.
(A sus amigos) A merendar.

SEVERO. De modo que, mi llegada
ha ímpedido... Nada, nada;
por mí no se han de privar...

NIEVES. Después de la cacería
tenemos esa costumbre.

SEVERO. ¡Excelente! Yo haré lumbre;
ó si no, el plato del día.
Un gazpacho á la andaluza.
Soy en eso profesor.

NIEVES. ¡Si es mi plato!

PANCHA. Este tutor
no tiene precio.

SEVERO. (¡Lechuza!)
Traedme los ingredientes.
(Apartándose hácia el fondo derecha. Los criados llevan lo preciso para que Severo haga e gazpacho; y Severo comienza su preparación)

NIEVES. (Acercándose á Andújar con interes)
¿Qué te pasa?

ANDÚJAR. Tengo *splen*,
mal humor

PANCHA. (Este mastin
ya está enseñando los dientes.
Yo me decido...) Oiga usted.
amigo Andújar.

ANDÚJAR. Señora...

PANCHA. Hace ya más de una hora
que me está ahogando la sed.

ANDÚJAR. Bien próxima está la fuente.

PANCHA. No; tengo un capricho.

ANDÚJAR. ¿Cual?

PANCHA. Beber en el manantial.

ANDÚJAR. Pues...

NIEVES. Que seas complaciente

y la des el brazo.

PANCHA. Sí:

temo no encontrar el punto.

NIEVES. Te vá á hablar de cierto asunto

que te interesa

ANDÚJAR. ¡Eh! ¿A mí?

PANCHA. (Lo dicho; que está escamada.)

NIEVES. Vé hombre vé, no seas tonto.

ANDÚJAR. Corriente.

PANCHA. ¿Vamos?

NIEVES (¡Que pronto

vá á terminar tu embajada!)

(Andújar ofrece á Pancha el brazo y salen por la derecha)

ESCENA X

SEVERO que fija la vista en los personages que se van y NIEVES que repara en la tenaz atención de Severo. Los criados que siguen disponiendo el servicio de la mesa.

NIEVES. ¿Qué miras?

SEVERO. A tu... ¡Señor:

siempre se me olvida el cargo!

NIEVES. Pero, que tuno tan largo

eres, querido tutor!

Ven aquí.

(Severo hace un ademan que indica escusa)

No escucho nada.

(Severo se acerca donde está Nieves)

Mírame.

SEVERO. ¿Sin que me ría?

NIEVES. Voy á ver si todavía

se leer en tu mirada.

SEVERO. ¿Leer?

NIEVES. Como te lo digo.

SEVERO. Pero ¿no me explicarás...?

NIEVES. Todo. Ya sé que no estás

incomodado conmigo.

Es inútil que te asombres.

Más tarde hablaremos.

SEVERO. ¿Sí?
¡Que me place!

NIEVES. Asi; así
me gustan á mí los hombres
¡Francos! Sin la hipocresía
propia de esta sociedad
vetusta. Yo; la verdad;
tan sólo á tí te temía.
Pero desde hoy...

SEVERO. Sin embargo...

NIEVES. Desde hoy, te voy á querer
muchísimo más.
(Abraza con entusiasmo á Severo)

SEVERO. Mujer!

ESCENA XI

Dichos, ANDÚJAR y PANCHA, entrando en escena por donde salieron.

PANCHA. (Deteniéndose. Aparte á Andújar)
¿Se vá usted haciendo cargo?

ANDÚJAR. (Rabioso y mal reprimido)
¡Por Cristo! ¡Nieves!

NIEVES. ¿Ya aquí?

SEVERO. (El lebrél parece adusto.)

NIEVES. (A Pancha, sarcásticamente)
¿Te has despachado á tu gusto?

PANCHA. Eh?

NIEVES. Que... si has bebido

PANCHA. Si.

SEVERO. Un *sandwich*.
(Ofreciéndoselo á Pancha)

PANCHA, Aunque hace un rato
que comí, no hay quien resista.

NIEVES. Toma otro.
(Pancha lo coje)

SEVERO. (Asomándose al fondo para contemplar el paisaje y mirando con el rabillo del ojo á Andújar que se aparta de él)
Preciosa vista!

(Me huye, tiene buen olfato.)

NIEVES. (A Pancha)
¿Quieres más?

PANCHA. Sí, que me den
de todo.

SEVERO. (Volviendo á confeccionar el gazpacho)
Traed las especias.

ANDÚJAR. (Rechazando un *sandwich* que le ofrece Nieves y sentándose sobre un pedrusco á la derecha)
Gracias.

NIEVES. ¡Hola! (Dulce y sonriente)
¿Me desprecias?

PANCHA. ¿Y ese gazpacho?
(Acercándose á Severo)

SEVERO. Va bien.

NIEVES. (¿Que le habrá dicho, que está
tan nervioso?)

SEVERO. (Probando el gazpacho)
Superior.

NIEVES. (Como mira á mi extutor.
¿Si tendrá celos? Já já
Es un niño,)
(Después de sentarse en el *diván*, llamando á Andújar)
Ven aquí.
¿No oyes?

ANDÚJAR. Estoy descansando.

NIEVES. Por lo mismo, ¿desde cuando
no descansas junto á mí?
(Andújar se acerca á Nieves como fascinado por su mirada)
¿O ya te empieza á cansar
mi yugo!?

ANDÚJAR. Es que me ha rendido.

NIEVES. Pues, échate.

ANDÚJAR. (Se recuesta sobre el cesped, á los pies de Nieves)
¿A qué ha venido
ese hombre?

PANCHA. (Le vá á pegar
todavia!

NIEVES. A verme.

PANCHA. ¡Oh !
¡Qué cuadro! ¡Fíjese usté! (A Severo)

NIEVES. (Graciosamente; provocando los celos de Andújar para gozarse con su amor)
Me idolatra.

ANDÚJAR. ¡Ya lo sé!

NIEVES. (Con cariño para convencer á su amante)
Como á una hija.

ANDÚJAR. Eso...

NIEVES. ¿No?

ANDÚJAR. ¡Nieves...!

NIEVES. (Acercándole á la boca un *sandwich* que tiene en la mano)
Come y calla,

ANDÚJAR. ¡Di
que me amas!

NIEVES. ¡Habrá celoso!
¡Toma!

ANDÚJAR. ¡Qué maravilloso
poder tienes sobre mí!

NIEVES. ¿De veras?
(Quedan los dos contemplándose apasionadamente)

SEVERO. (Que se acerca trayendo en alto la fuente del gazpacho)
A refrescar.

ANDÚJAR. Si, soy tu esclavo.

NIEVES. Bien, cesa.

PANCHA. (¡El *bull-dog* de la Condesa!)

NIEVES. (Acariciando la cabeza de Andújar con dulzura, tan abstraida por su amor como por sus recelos y mirando á Pancha.)
¡Y me le quieren quitar!

Cae pausadamante la cortina sobre este cuadro final.

ACTO SEGUNDO

Sala cerrada, en el castillo de Nieves. Al foro, tres anchas ventanas acristaladas y cubiertas con elegantes cortinas de corredera. Dos puertas en el lienzo de la derecha y otras dos en el de la izquierda, con *portieres* iguales á las cortinas del fondo.

A la derecha, mesa de despacho con recado para escribir y timbre. A la izquierda un sofá, sillas y varios muebles, propios de una casa de campo, distribuidos con buen gusto, adornando el escenario y sirviendo á las conveniencias de la representación.

ESCENA PRIMERA

NIEVES y SEVERO, saliendo por la segunda puerta de la izquierda. Dos criados preparan el thé.

NIEVES. Y ¿te agrada mi *Chateau?*
SEVERO. Es una mezcla especial
del castillo señorial
y el *Chalet* moderno.
NIEVES. ¡Oh!
Es que eso precisamente
es lo que unir he pensado:
La seriedad del pasado
con el *confort* del presente.
SEVERO. ¿Y Panchita?
NIEVES. En el billar
con Andújar. Es su vicio;
díce que es el ejercicio
que más la hace adelgazar.
SEVERO. Entonces...
NIEVES. (Mirando hácia la primera puerta de la izquierda donde se supone el billar)
(Ya están al habla)
SEVERO. Que sigan del vicio en pos.
¿Juegan bien?

NIEVES. ¡Digo! Los dos
Creo que juegan por tabla
SEVERO. (¡Hola! ¡La marea sube!)
NIEVES. Con que; basta de ficciones.
El cielo y las situaciones
me gustan sin una nube.
SEVERO. ¡Madrileñaza!
NIEVES. Así es,
tocante á pico y frescura,
madrileña neta y pura
de la cabeza á los piés.
¿A qué has venido?
SEVERO. ¿Yo? A verte
NIEVES. Y ¿nada más?
SEVERO. Nada más.
NIEVES. (Recelando que no le confiese la verdad)
¡Hum...!
SEVERO. Tú no lo creerás,
pero yo he de convencerte
muy pronto.
NIEVES. ¿De qué manera?
SEVERO. Marchándome.
NIEVES. ¡Te cogí!
SEVERO. Pero hija, ¿qué hago yo aquí?
NIEVES. No te sulfures, espera,
que aunque te pierdes de vista...
yo no soy torpe.
SEVERO. Es verdad.
NIEVES. Tú vienes, en calidad
de padre redentorista.
SEVERO. ¡Qué locura! A buena hora
me había de convertir...
Y ¿á quién he de redimir?
NIEVES. (Con ligereza y gracia)
A esta humilde pecadora.
¿Me equivoco?
SEVERO. Y tanto. Yo
no pretendo saber nada
NIEVES. Pero...
SEVERO. Al dejarte casada

mi tutoría acabó.

NIEVES. Luego ¿no llevas á mal
que una mujer libre y rica,
á quien aun la mortifica
el recuerdo marital,
se entregue... no ya al demonio,
sino á aquel que la enamora,
y repita á toda hora
vade retro al matrimonio?

SEVERO. ¿Qué te dice el mundo?

NIEVES. ¡Oh!
¡El mundo!

SEVERO. ¡Sí es un bendito!

NIEVES. Al principio puso el grito
en el cielo—¡La que armó
contra mí! ¡Qué polvoreda!
¡Si me querían ahorcar!
(Imitando las habladurías de las gentes)
La Condesa de Alhamar
está loca; no hay quien pueda
tratarla; no tiene nombre
su desverguenza! ¡Jesus!
Ya á nadie le oculta, sus
relaciones con ese hombre.
Yo no vuelvo á saludarla.
Yo no piso sus umbrales.
¡Qué horror! De mujeres tales
¡líbrenos Dios! Hay que aislarla.
¿Por qué no se casa? ¡Cá!
¿No es viuda? Mucho que sí...
(Volviendo á su tono natural)
Y Condesa por aquí
y Condesa por allá.
Hasta que apliqué un remedio
seguro. Los desprecié
á todos, y me quité
por algún tiempo de enmedio.
Y cuando otra... novedad
me suplantó en la memoria
de las gentes, y mi historia

pasó á la posteridad:
ni altanero, ni reacio
al mundo conmigo hallé,
y tranquila, me instalé
nuevamente en mi palacio.
Fastuosa y con dinero
bien pronto volví á brillar.
La cuestión, era lograr
el homenaje primero;
y tras uno, ciento y mil,
reverentes y contritos,
como mansos borreguitos
fueron volviendo al redil;
y á las cuatro reuniones
quedó borrada mi afrenta...
Y hasta me hice presidenta
de varias asociaciones.

SEVERO. ¡Bravo! Y, entre ellas, alguna
tendrá por fin, lo adivino,
atraer al buen camino
á jóvenes sin fortuna,
ni luces, ni educación
que cayeron en el fango...
Y quien cual tú, cuyo rango...

NIEVES. Mira, no seas guasón.
Lo que te quiero probar;
porque ya tengo conciencia
de que esta condescendencia
del mundo, no es regular
ni lógica; es, que las gentes
que se precian de formales
se han vuelto más...

SEVERO. ¿Inmorales?

NIEVES. No, hombre no, más complacientes.
Y aunque algunos me detestan
y critican mi pasión,
al fin, me dán su perdón.

SEVERO. No te lo dán, te lo prestan,

NIEVES. ¿Cómo?

SEVERO. Y de muy buena gana.

Y hacen bien por Belcebú.
Lo prestan, para que tú
se lo devuelvas mañana.

NIEVES. ¡Gracioso!

SEVERO. ¿Te has ofendido?
Porque me callo, ó me voy.

NIEVES. No, mas creo que desde hoy
debes cambiar de apellido.
¡Monteagudo! Suena mal;
debes nombrarte... Sí; deja...
Don Severo Moral Vieja.

SEVERO. No, D. Sentido Moral.

NIEVES. ¡Dale!

SEVERO. No arrugues la frente
ni pongas el ceño adusto.
Tú vives así á tu gusto.
¿No es verdad?

NIEVES. Sí.

SEVERO. Pues corriente

NIEVES. Será torpe dignidad
ó tal vez orgullo necio,
pero ¡me inspira un desprecio
tan grande la sociedad!

SEVERO. Pues ¿á tí no se acomoda?

NIEVES. Me juzgo tan superior
que, francamente, tutor:
nací para reina goda.

SEVERO. Sí; siempre tuve esa idea.
¡Hay en tí cada desplante!

NIEVES. En el Real:

(Recreándose con el recuerdo alhagador de sus triunfos)

cuando elegante
me presento en mi platea,
y de aquella reunión
cuya brillantez encanta,
un murmullo se levanta
de envidia y admiración;
y robo en aquel instante
solamente con mi vista:

el interés al artista
y la mirada al amante;
siento un oculto placer
que me enloquece y embriaga,
viendo al mundo, cómo paga
el tributo á mi poder.
Señora me considero
de sus vidas y albedríos.
¡Todos son vasallos míos!
Y no sé lo que prefiero
al contemplar tantos seres
fijos en mí, no te asombres,
si deslumbrar á los hombres
ó humillar á las mujeres.

SEVERO. Pocas amigas tendrás.

NIEVES. ¿Amigas? Ni me lo digas.
Tengo muchas enemigas
y por eso valgo más.

SEVERO. Si señora, no te arguyo.

NIEVES. Contigo he de ser sincera.

SEVERO. Naturalmente. (Cualquiera
se opone á un capricho tuyo.)

NIEVES. (Mirando con recelo hacia la puerta 1.ª derecha.)
(Y siguen en el billar)
(No puede dominarse y grita)
¡Pancha!

PANCHA. (Desde dentro)
¿Qué quieres?

NIEVES. Que acabes.

PANCHA. (Desde dentro)
Voy enseguida.

NIEVES. (A Severo, con angustia)
No sabes...

SEEERO. ¿Qué?

NIEVES. Que me quiere robar
á Pepe!

SEVERO. (Con ironía)
¿Sí? ¡Buen marido!

NIEVES. Más no para ella.

SEVERO. ¿Pues?

NIEVES. Para Consuelo... Esa es
la embajada que ha traido.

SEVERO. Y ¿oye la proposición
Andújar?

NIEVES. Quizá le halague.

SEVERO. ¿De veras? Pues haz que pague
su falta de sumisión
dejándotele quitar.

NIEVES. (Conmovida y rabiosa)
¿Que yo deje...?

SEVERO. Son consejos...
(He ido demasiado lejos).

NIEVES. (Exaltándose)
Que yo me deje burlar
por esa...

SEVERO. Tienes razón.
(No es este el mejor camino)

NIEVES. Mira me sacas de tino...

SEVERO. Silencio.

ESCENA II

Dichos PANCHA y ANDÚJAR entrando por la primera puerta de la izquierda.

PANCHA. ¡Qué palizón!
Le he dejado en veinte.

SEVERO. ¡Hola!

PANCHA. Y eso que Andújar no es manco.

SEVERO. ¿Sí?

PANCHA. Pero que sea franco:
¡he hecho cada carambola..!

NIEVES. La que intentas es de efecto.

PANCHA. ¿Cómo?

NIEVES. Si te sale bien...
(A Andújar que revuelve los papeles sobre la mesa)
¿Qué buscas?

ANDÚJAR. *La Epoca.*

NIEVES. (Toma el periódico y se lo dá
Tén

SEVERO. Hombre ¿quedará en proyecto
el baile de la Olivares?

PANCHA. ¡Nunca! Habrá trajes curiosos
riquísimos, caprichosos;
é invitados á millares.

SEVERO. Dícen que todo Madrid
asistirá...

NIEVES. (Muy excitada y nerviosa. Con ironía)
No faltaba...
Allí se verá á la Cava
con las dos hijas del Cid.
Lindos rostros mal tapados
por gasas y rebocillos;
señoronas con tontillos
en las faldas y á los lados.
Estudiantes de la tuna;
las Estaciones... la Fé...

SEVERO. ¿Y vestales?

NIEVES. Déjate...
Creo que no vá ninguna.

PANCHA. (¡Qué lengua!)

SEVERO. (A Nieves) Venga esa mano.

PANCHA. (¡Con qué saña la devora!)

ANDÚJAR. (A Severo secamente)
Solo falta que usté, ahora
aliente ese odio africano.

NIEVES. (Con apasionada vehemencia)
Y solo falta que tú
en su defensor te erijas.

ANDÚJAR. (Muy reposado)
Trato de que te corrijas.

NIEVES. (Airada)
¿Corregirme?

PANCHA. (Belcebú
viene en mi ayuda.)

SEVERO. Yo alabo
su agudeza.

NIEVES. (Soberbia) A mi...

ANDÚJAR. ¡Ya estoy!

NIEVES. Se me toma como soy

ó no se me toma.

SEVERO. (¡Bravo!)

ANDÚJAR. (Y esto delante de ese hombre)

PANCHA. Andújar quiere decir
que las dos podeis lucir
sin méngua de vuestro nombre.
Ambas sois jóvenes, bellas,
y cada una en su papel...

ANDÚJAR. El cielo es grande, y en el
brillan todas las estrellas.

NIEVES. ¡La eterna vulgaridad!

PANCHA. ¿Cómo?

NIEVES. Retórica rancia.
Brillan, pero ¡á qué distancia
una de otra!

ANDÚJAR. Eso es verdad.

NIEVES. Y ya que haceis ese alarde
de lirismo trasnochado,
decidme: ¿Os habeis fijado
al declinar de la tarde
en la luna y en el sol?
Apenas ella aparece,
el astro rey enrojece;
y entre nubes de arrebol
vá su soberbia ocultando,
y mientras él vá cayendo,
la que entró palideciendo
poco á poco va brillando.
Y en mitad de su carrera
piensa, ¡cuán feliz sería
si nunca viniese el día
y su rival no luciera!
Y así, en combate cruento,
viven una de otro en pos,
disputándose los dos
el trono del firmamento.

SEVERO. ¡Retebien! No hay quien resista
tu lógica abrumadora.

PANCHA. Es una gran oradora.

ANDÚJAR. Sí; sobre todo, efectista.

(Breve pausa.)

SEVERO. ¿Qué hay de política?
ANDÚJAR. ¡Bah!
SEVERO. Andújar: ¿No es diputado?
ANDÚJAR. Pero no estoy afiliado
á partido alguno.
SEVERO. ¡Ya!
Un buen militar no debe...
ANDÚJAR. ¿Militar?
NIEVES. (A Severo)
Pero ¿estás loco?
SEVERO. ¿Jurisperito?
NIEVES. Tampoco.
SEVERO. ¿Ingeniero?
ANDÚJAR. (¡Y que yo lleve
con paciencia!)
PANCHA. (¡Qué intención!)
ANDÚJAR. No soy nada en realidad.
NIEVES. Servirme con lealtad:
¿no es honrosa profesión?
SEVERO. Sin duda.
PANCHA. Y no es esa toda
su ciencia; que ha conseguido
ser un *sportman* cumplido
y el *gentleman* á la moda.
ANDÚJAR. Calumnias.
PANCHA. Y en toda lid
es el hombre imprescindible.
Como que es el más terrible
tirador que hay en Madrid.
ANDÚJAR. El Dios éxito, la suerte...
NIEVES. Di que no, que es un maestio.
SEVERO. ¿Sí? Yo tambien era diestro...
NIEVES. Finjamos un duelo á muerte.
PANCHA. ¡Hija!
SEVERO. ¿Nos queréis matar?
ANDÚJAR. Por mí...
NIEVES. (Acércase á la mesa y toca el timbre, muy excitada)
A batirse los dos.
SEVERO. Corriente.

ANDÚJAR. (Gracias á Dios
que me voy á desahogar).

PANCHA. A ver si se vuelven veras
las burlas.

NIEVES. Ya te imaginas...

(Entra un criado por la 2.ª puerta de la izquierda y Nieves le dice:)

Descorra usté esas cortinas
y abra todas las vidrieras.

(El criado hace lo que su señora le ordena; y al abrirse los cristales aparece un telón de jardín.)

SEVERO. Y el desafio ¿es á lanza..?
Porque advierto que mi brazo...

NIEVES. No señor, pistoletazo,
y tente tieso.

SEVERO. ¿Y que alcanza
el vencedor?

NIEVES. Mis favores.

SEVERO. Eso es grave.

ANDÚJAR. No por cierto
amigo mio, á rey muerto...

CRIADO. ¿Desean más los señores?

NIEVES. Mis pistolas de salón,
á escape

(Váse el criado por donde vino)

SEVERO. Perfectamente.
En aquel arbol de enfrente
se fija el blanco.

PANCHA. Un pichón.
Un papel.

NIEVES. Vuestras tarjetas.

SEVERO. La mía.

(Ofreciéndola. Nieves la toma y se acerca á Andújar para decirle)

NIEVES. La tuya.

ANDÚJAR. Ahí vá.

(Dando su tarjeta)

NIEVES. Cada uno disparará
sobre el contrario.

(Entregándole á Pancha las dos cartulinas)

Sugetas
bien las dos.

ANDÚJAR. Y separadas.

PANCHA. Bueno; yo procuraré...
La de Andújar, la pondré
arriba.

(Pancha sale por la 2.ª puerta de la derecha y aparece luego en el jardín clavando las tarjetas en el tronco de un árbol)

NIEVES. ¿Están preparadas?

(Al criado que vuelve por donde salió trayendo la caja de las pistolas)

CRIADO. Si señora.

NIEVES. Tres disparos
cada uno ¿Eh?

SEVERO. (Sentiría
andar mal de puntería).

NIEVES. Ea, podeis saludaros.

(Desde el jardín)

PANCHA. ¿Están bien?

ANDÚJAR. Usted dirá.

SEVERO. No las distingo del todo.

ANDÚJAR. Se acercan.

SEVERO. De ningún modo.

ANDÚJAR. (¿Pués no estoy nervioso? ¡Bah!)

NIEVES. Una moneda.

(Severo se la dá. Nieves se dispone á echarla al alto)

SEVERO. Yo quiero
cara.

PANCHA. (Volviendo á entrar y acercándose á una ventana)

¿Se divisan? Sí

NIEVES. (Tira la moneda. Todos se acercan á ver de que lado cayó)

Hijo mio, cruz. (A Andújar.) A tí
te toca tirar primero.
Mucho ojo, y á ver si pegas.

PANCHA. Vamos, esto es imponente.

NIEVES. ¡Habrá tonta!

(A Andújar, con gravedad)

Ten presente...

ANDÚJAR. Sí.

NIEVES. Lo mucho que te juegas.
Oido. A las tres palmadas.

(Los dos montan las pistolas y después de saludarse quedan preparados. Espectación. Nieves dá tres palmadas. Andújar dispara)

PANCHA. ¿Blanco?

SEVERO. No señora, no.
Estoy ileso; ahora yo.

(Repítense las palmadas y Severo dispara)

En la frente.

(Andújar hace un gesto de desagrado)

NIEVES. (A Andújar)

Si te enfadas.

PANCHA. Ha partido la tarjeta.

SEVERO. Pero queda aun un pedazo

ANDÚJAR. (¡Oh!)

(El criado carga las pistolas. Los dos las empuñan de nuevo y á la tercera palmada, dispara Andújar)

SEVERO. Segundo marronazo.

(A la tercera palmada, dispara Severo)

NIEVES. ¡Hurra!

PANCHA. Victoria completa.

SEVERO. ¿No quiere ustéd continuar?

ANDÚJAR. No. Me declaro vencido.

NIEVES. (A Andújar que no disimula su contrariedad)

¡Ay! Estás desconocido.

SEVERO. Es preciso dominar
los nervios.

NIEVES. Tiene razón.

ANDÚJAR. Lo procuro, y es en vano.

NIEVES. Bien, pues aquí está mi mano
valeroso campeón.

(Presentándole una mano á Severo que la oprime)

SEVERO. Y ahora á fuer de paladin
esclavo de tu deseo
te invito á dar un paseo

por tu frondoso jardin...
(Acentuando mucho las palabras)
del brazo de mi enemigo.

PANCHA. (¡Camastrón! con que malicia...)

ANDÚJAR. (Rabioso y sin saber que partido tomar)
Mil gracias, pero en justicia
no debo...

NIEVES. ¿Venir conmigo?
¡Tontin!

PANCHA. ¡Dichosos amantes!

ANDÚJAR. Nieves...

NIEVES. ¿Te haces de rogar?

ANDÚJAR. Vamos.

NIEVES. (Con amorosa dulzura)
Tenemos que hablar
de cosas interesantes.

(Apóyase en el brazo de Andújar y salen por la segunda puerta de la derecha)

ESCENA III

PANCHA y SEVERO

PANCHA. ¡Encantadora pareja!
Francamente: los envidio.
Yo, á Dios gracias, no he gustado
esos amores... ilícitos;
pero...

SEVERO. ¡Pancha!

PANCHA. ¿Usted tambien
cree lo de mi sobrino?

SEVERO. ¡No! ¡Cá!

PANCHA. Ya me lo colgaban
en tiempos de mi marido.

SEVERO. ¡Habladurías!

PANCHA. ¡Qué mundo!

SEVERO. Sí señora sí: muy picaro.
En cuanto vé, que una pobre
mujer, se escurre un tantico...

PANCHA. Es que yo puedo escurrirme

sin dar á nadie motivo...
Soy libre, soy viuda...

SEVERO. Es claro.

PANCHA. Tengo derechos...

SEVERO. Pasivos.

PANCHA. Pues; y patente...

SEVERO. De corso.

PANCHA. No me insulte usted. Deciámos
que estos amores *non santos*,
sobre todo en el principio,
tienen todas las dulzuras
de los frutos prohibidos.

SEVERO. Y además, cuanto más verdes
más dulces.

PANCHA. Y por lo mismo...
al madurar... empalagan
ó bien resultan insípidos.

SEVERO. Basta de confiterías
y al grano.

PANCHA. Hablemos clarito.
¿Usted quiere á Nieves?

SEVERO. Mucho.

PANCHA. Y yo la tengo un cariño...

SEVERO. ¡Atroz!

PANCHA. Hay que separarla
de ese hombre, que es su enemigo
mayor; ó hacer que se casen.

SEVERO. Bien ¿Y qué?

PANCHA. Que yo he venido
á llevarme á Andújar.

SEVERO. Bueno.

PANCHA. Y usted, que es hombre de juicio,
debe ayudarme.

SEVERO. ¿Yo? A mi
no me meta usted en lios.
Nieves es ya mayorcita;
oponerse á sus caprichos,
equivale, á conquistarse
su odio... Nada, no sigo
oyendo á usted. Allá ellos

se arreglen. Mañana emigro,
y no paro hasta las Indias.

PANCHA. Es que...

SEVERO. No cuente conmigo.
(No te ayudo, pero voy
á mandarte al individuo.
(Sale por la segunda puerta de la derecha)

ESCENA IV

PANCHA

PANCHA. No quiere comprometerse
ni afiliarse á mi partido.
¿Que importa? sin darse cuenta
es un auxiliar magnífico
á mis planes. ¡Ya lo creo!
A mi este viejo ladino
no me la dá. Está prendado
de Nieves. Lo que es, que es listo,
y conoce que no debe
ni aun contárselo á si mismo.
Pero odia á Andújar; y Andújar
por celoso, ó por instinto
le corresponde, y los dos
van á romperse el bautismo
cualquier día... Si yo antes
no resuelvo este conflicto.

ESCENA V

PANCHA y ANDÚJAR apareciendo por la segunda puerta de la izquierda.

PANCHA. ¡Ah! ¿Viene usted solo?

ANDÚJAR. Sí.

PANCHA. (Pues el instante es propicio).
(Ciera las cortinas de las ventanas del fondo, pero quedan abiertas las vidrieras)

ANDÚJAR. ¿Qué hace usted?

PANCHA. Que no me gustan

ni la luz, ni los testigos.
No se me ponga ya en guardia,
que aunque vale usted muchísimo,
soy *mora de paz.* ¿Y Nieves?

ANDÚJAR. Paseando con su idolo.

PANCHA. Y ¿lo dice usté tan fresco,
y se queda tan tranquilo?

ANDÚJAR. ¿Qué he de hacer?

PANCHA. Emanciparse.

ANDÚJAR. ¡Pancha!

PANCHA. ¡Adios! ¿Hé ofendido
su fidelidad perruna?

ANDÚJAR. (Muy serio)
¡Señora!

PANCHA. Usté así lo dijo.

ANDÚJAR. (Algo desapacible)
¿Y qué? Yo puedo juzgarme
pero á nadie le permito...

PANCHA. Pues, márchese usté si quiere,
ó arrójeme del castillo,
porque yo pienso decirle
algo más duro.

ANDÚJAR. ¡Por Cristo!

PANCHA. (Adulándole con mucha mónita)
¡Ver á un hombre de sus prendas,
esclavo de los caprichos
de una mujer...

(Andújar hace un gesto indicando á Pancha que no prosiga)

No me callo.
No señor. Yo no transijo
con ciertas cosas...

ANDÚJAR. ¿Y á usted
que le vá?

PANCHA. ¿Será usté niño?
Entre una amiga Condesa,
y un real mozo, y real amigo...
me quedo con usted.

ANDÚJAR. ¡Gracias!

PANCHA. Soy muy realista. ¿Seguimos?

(Breve pausa)
¿Quién es usted para Nieves?
Un *bulldog*, un falderillo,
un juguete... cualquier cosa...
Un caballo favorito...
Le luce á usted como puede
lucirse cualquier prendido

ANDÚJAR. (Picado en su orgullo)
Hasta el día que me canse.
(Que á juzgar poı los indicios
no está lejano).

PANCHA. ¡Infeliz!
¡Le tiene á usted bien cogido!

ANDÚJAR. Es que yo sabré imponerme.
O se casa, ó...

PANCHA, ¡Muy bonito!
¿Vá usté á ser conde consorte?

ANDÚJAR. ¡Oh!

PANCHA. Como quien dice: un divo.
Conquístese usted un puesto
y después, si no ha podido
olvidarla, se une á ella;
pero aportando al martirio
una posición, un nombre.

ANDÚJAN. Un nombre...

PANCHA. Si es más sencillo...
Yo tengo una credencial
para un cargo elevadísimo
en la Habana

ANDÚJAR. ¿Se refiere
usted..?

PANCHA. Si tal. Mi sobrino
dió la noticia, y la ha dado
con iuformes fidedignos.

ANDÚJAR. ¿Una credencial?

PANCHA. (Presentándosela)
Como esta,
y á ofrecérsela he venido.
¿La acepta usted?

ANDÚJAR. Por ahora...

no. Ya escribiré al Ministro
dándole gracias,

PANCHA. ¿De qué?

ANDÚJAR. Pues..

PANCHA. Si el obsequio no ha sido
á usted; ha sido á Consuelo.

ANDÚJAR. Y ¿es ella..?

PANCHA. No hay que dar gritos.
¿Le infiere á usté alguna ofensa,
al brindarle un cargo digno,
independiente y brillante?

ANDÚJAR. ¡Oh!

PANCHA. ¡Qué desagradecido!
Reflexione usted con calma;
y pese usted el cariño...
Esta, le quiere á usté esclavo.
La otra... Su único prurito
es elevarle á las cumbres
del poder, darle prestigio.

ANDÚJAR. Ruego á usted que no prosiga

PANCHA. Esta muy bien, no prosigo.
¿Qué hago con esto?
(Refiriéndose al pliego que contiene la credencial)

ANDÚJAR. Guardarlo

PANCHA. No señor, que fuera indigno
de mi. Soy embajadora
y no me desacredito.
Vine á dejar este pliego
en su mano, y lo he cumplido.
(Ofreciendo el pliego que Andújar toma distraidamente)
Ahora, usted se lo devuelve..,
ó lo rompe.

ESCENA VI

Dichos,—NIEVES desde el jardin; asomando la cabeza entre las cortinas de la ventana del centro.

NIEVES. Hablad bajito
porque pueden enterarse
los criados. (Retírase)

PANCHA. (¡Me ha partido!)
(Primero hace ademan de marcharse; luego, reflexiona y se detiene)
¡Adios..! (No, no le abandono
enfrente del enemigo).
(Aparte á Andújar)
(Asienta usté á cuanto diga).
(Andújar se guarda el pliego en un bolsillo exterior de modo que no quede oculto del todo)
(Se guardó el pliego; vencimos)
(En alta voz, secamente á Andújar, para que Nieves lo oiga)
Pues, haga usted lo que quiera.

NIEVES. (Entrando por la segunda puerta de la derecha)
¿Qué?

PANCHA. Se empeña en que Gorito
ha de darle esplicaciones
por el suelto: y, yo le digo
que escriba al director.

NIEVES. ¡Claro!

PANCHA. O que vaya á verle... Hijo:
es usted más testarudo...
¡Ay! tengo un disgusto.

NIEVES. (En tono burlón) ¡Isidro!
Tila para la señora.

PANCHA. No, no; yo iré.
(Vase por la puerta segunda de la izquierda)

NIEVES. (En tono burlón) ¡Que haya alivio!

ESCENA VII

NIEVES y ANDÚJAR

NIEVES. ¡Pérfida!

(Recalcando su odio. Se sienta en el sofá de la izquierda, primer término.)

ANDÚJAR. (No hay duda, sabe
todo cuanto hay que saber.
Lo ha oido, y es menester
que esta situación acabe).

NIEVES. (Astucia).

ANDÚJAR. (Lo más sencíllo)...

NIEVES. (¿Y la carta? Ella tenía...

(Mirando fijamente á Andújar. Este haciéndose el distraido, dirígese hácía la derecha, pero al volverse, Nieves repara en el borde blanco del sobre, que resalta sobre el color del traje de Andújar).

¡Ah! ¡Con que coquetería
asoma por el bolsillo!
Quiero hacerme la ilusión
ce creerle aún inocente.
Veré si efectivamente
existe la sujestión).
¡Pepe!

ANDÚJAR. ¿Qué?

NIEVES. Fíjate en mí

(Clavando los ojos en él, ríe nerviosamente)

Já! já...!

ANDÚJAR. ¿Por qué ríes?

NIEVES. ¿Yo?

(Sosteniendo su mirada fija en Andújar, el cual se acerca poco á poco á ella y le dá el pliego que recibió de Pancha).

ANDÚJAR. (No hay remedio) Toma.

NIEVES. (Con soberbio placer) ¡Oh!
¡Que dichosa me haces!

ANDÚJAR. ¿Sí?

NIEVES. (Examinando el sobre).

¿Cerrada?

ANDÚJAR. Ya ves, que estoy
ignorante...

NIEVES. Sí, ya veo...
¿Me permites?

ANDÚJAR. Ya lo creo.
Pues ¿para que te la doy?

NIEVES. (Abriendo el sobre)
¡Uf! ¡que bien la han perfumado!
¡Una credencial!

ANDÚJAR. (Sincerándose)
Repito...

NIEVES. Para la Habana; Gorito
estaba bien informado.

ANDÚJAR. ¿Crees?

NIEVES. (Irónicamente).
La actual situación
te recompensa con creces.
(Dentro de la credencial encuentra un pliegue-cillo de papel)
¡Hola! Aquí entre los dobleces,
delatando su traición,
con escudo de condesa
se oculta una carta.

ANDÚJAR. ¿Eh?
¿Una carta?

NIEVES. Ya se vé;
de tu protectora, de esa...
(Con ira como si buscara una palabra ingeniosa para calificar á su rival. Un momento duda, y se reprime)
ilustre... Lengua, detente.

ANDÚJAR. Trae.

NIEVES. ¿Vás á rasgarla?

ANDÚJAR. Justo.
¿A qué tomarte el disgusto?

NIEVES. ¿Quiéres no ser inocente?

ANDÚJAR. (He sido un torpe).

NIEVES. (Despues de leer)
¿Qué tal?

no trae la cosa intención.

ANDÚJAR. ¿Qué es ello?

SEVERO. Una invitación
á su baile.

ANDÚJAR. (Menos mal)
Como á todos.

NIEVES. Es que á tí
con más cariño te trata;
porque viene una postdata
de su pnño y letra.

ANDÚJAR. ¿Sí?

NIEVES. Oye, y envanécete.

ANDÚJAR. Al contrario antes me apena,..

NIEVES. (Leyendo y acentuando mucho las palabras)
«Romperá usted su cadena
»una noche?»

(Andújar trata de oponerse á que siga leyendo, pero ella insiste)

Cállete
y escucha, que hay algo más:
«Así lo espera la gente.
»Por si es usted tan valiente
»le reservo el primer wals.»

(Riendo nerviosamente y jugueteando con el papel)

Já! já! ¿Y harías pedazos
esta carta? ¡Friolera!
Pues ¡ahí es nada! Te espera...
Y te brinda con sus brazos...
Já! já! ¿qué más dulce apoyo?

ANDÚJAR. Tontería.

NIEVES. ¿Qué más quieres?

(Furiosa y hablando ya sin ironía; con rabia)

¡Oh! comprendo á esas mujeres
que en la mitad del arroyo
presas de horrible pasión
enfurecidas se agarran,
y se muerden y desgarran
sin piedad el corazón.
Comprendo que brazo á brazo

luche quien se desafie,
y comprendo que se envíe
un papel en un balazo.

ANDÚJAR. ¡Nieves! Por Dios; desvarías
y olvidas que tus blasones...

NIEVES. ¡Eh! ¿Qué entienden las pasiones
de clases ni gerarquías?

ANDÚJAR. Pues nadie puede aprobar.
que ese rencor tan profundo
te ciegue.

NIEVES. Pues todo el mundo
me lo puede reprochar
menos tú.

ANDÚJAR. ¿Menos yo?

NIEVES. Sí.
Estoy ciega, no lo niego:
pero, si por tí me ciego:
¿qué más gloria para tí?
(Acercándose á la puerta primera de la izquierda y gritando)
¡Pancha!

ANDÚJAR. ¿Qué haces?

NIEVES. (Impaciente)
¡No contesta!
¿No trajo ella el memorial?

ANDÚJAR. Y ¿qué?

NIEVES. Pues es natural
que ella lleve la respuesta.

ANDÚJAR. ¿Y la vas á hacer que parta?

NIEVES. ¡Ahora mismo!

ANDÚJAR. No lo intentes.

NIEVES. ¿Que es eso? ¿es que te arrepientes
de haberme dado la carta?

ANDÚJAR. Un hombre que es bien nacido
no juega así con su nombre...

NIEVES. Sobre todo, si ese hombre
tiene algun plan concebido.

ANDÚJAR. ¿Celos?

NIEVES. Horrorosos, sí.
Celos crueles, que afrentan.

ANDUJAR. También á mí me atormentan
y sufro y me callo.

NIEVES. ¿A tí?
¿Y quién causa tu furor,
ni cuando te dí derecho...?

ANDÚJAR. Será locura, despecho,
mas; el tutor...

NIEVES. ¿Mí tutor?
Já! já! já!

ANDÚJAR. Me desespera
más esa risa, y á veces...

NIEVES. Pobre tutor!—No mereces
que te conteste siquiera.

ANDÚJAR. Digo que está enamorado
de tí.

NIEVES. ¡De seguro!.. Pues
le quiero doble, porque es
doblemente desgraciado.

ANDÚJAR. ¡Nieves!

NIEVES. ¿Me vas á pegar?

ANDÚJAR. Dí al menos que me equivoco,
que estoy loco.

NIEVES. Si estás loco,
yo no te puedo curar.

ANDÚJAR. Niega, que por diferentes
medios, no me provocó.

NIEVES. Si es que desde que llegó
le estás mostrando los dientes.

ANDÚJAR. Porque en sus ojos se vé
la pasión que le tortura.
¡Y que esa innoble figura!..

NIEVES. Bueno ¡basta!

ANDÚJAR. (Imponiéndose)
No; óyeme.
Hasta hoy, á cuanto me has dicho
mi cerviz se doblegó.
Pero, ya es justo que yo
tenga también un capricho.

NIEVES. ¿Uno?

ANDÚJAR. Sí.

NIEVES. Sepamos cual.
ANDÚJAR. Tu exiges de mí, imprudente,
un sacrificio; corriente;
pero á cambio de otro igual
por tu parte.
NIEVES. ¿Condiciones?
ANDÚJAR. Me parece que es razón
puesto que idénticas son
nuestras dos aspiraciones.
NIEVES. ¿Es decir que consideras?..
ANDÚJAR. En pago de su cinismo,
dictas á Pancha aquí mismo
la contestación que quieras
dar á Consuelo.
NIEVES. ¿Y diré
lo que se me antoje?
ANDÚJAR. Y más.
NIEVES. Y tú?
ANDÚJAR. Yo...
NIEVES. ¿Lo firmarás?
Responde.
ANDÚJAR. Lo firmaré.
Mas, saciado así tu amor
propio, que no tiene tasa,
Pancha saldrá de esta casa
del brazo de tu tutor.
NIEVES. ¿Que yo?... Mal camino eliges
para calmar tu coraje.
¿Que yo infiera tal ultraje?
ANDÚJAR. Eso exijo.
NIEVES. (Iracunda)
¿Que tú exiges?...
Mira; porque no tolero
señor que órdenes me dé
arrostro y arrostraré
las iras del mundo entero;
y aunque me cause rubor
declararlo, en adelante
no olvides que eres mi amante
pero nunca mi señor.

Emplea pues otro ardid
más eficaz.!

ANDÚJAR. Te confieso...

NIEVES. Basta.

ANDÚJAR. (Con estudiada frialdad)
Adios, á tu regreso
nos veremos en Madrid.

NIEVES. Qué ¿Te marchas?

ANDÚJAR. Sí.

NIEVES. ¿Dejarme
para ír?.. Sólo el pensarlo...
¿Piensas que he de tolerarlo?

ANDUJAR. ¿Y piensas que has de obligarme
á permanecer aquí
soportando la insolencia
de ese hombre, cuya presencia...?

NIEVES. Calma y razonemos. Dí.
¿En qué motivo fundado
cifras tu odio críminal?
¿Merecen respeto igual
un caballero, dechado
de nobleza é hidalguía
y una mujer vil y aleve
que á toda maldad se atreve
con increible osadía?
Su torpe acción. ¿No es indicio
de que nada la sugeta?
Y si ella no se respeta
¿Dónde está tu sacrificio?
¿Qué te detiene ó asusta?
¿Qué te pido, en conclusión,
sino una satisfacción
tan lógica como justa?
¿Qué menos tu lealtad
me debe?

ANDÚJAR. (Haciendo ademán de marcharse)
Lo dicho.

NIEVES. (Deteniéndole con un esfuerzo supremo para reprimir su orgullo)
Espera.

Venciste. Por vez prímera
me impones tu voluntad.
Y á tus deseos me humillo.

ANDÚJAR. No, no trato de ejercer...

NIEVES. Me obligas á cometer
una infamia.

ANDÚJAR. Muy sencillo.
Deja que me marche, y...

NIEVES. Bien sabes que hoy...

ANDÚJAR. Como quieras.

NIEVES. Si cien vidas me pidieras
para retenerte aquí,
te las daría gustosa,
pero no olvides jamás...

ANDÚJAR. Tontina.
(Tratando de acariciarla)

NIEVES. (Apartándose)
Déjame.

ANDÚJAR. ¿Vás
conmigo á ser rencorosa?

NIEVES. Te aseguro...

ANDÚJAR. ¿Qué te cuesta?
El tutor.
(Entra Severo por la 2.ª puerta de la derecha)

SEVERO. Al fin te encuentro.

ANDÚJAR. (Aparte á Nieves)
Acuérdate de que ahí dentro
Pancha aguarda tu respuesta.

ESCENA VIII

Dichos y SEVERO.

SEVERO. Te vienes sin decir nada...

NIEVES. Es que sentí un malestar
de pronto...

SEVERO. (No hay que dudar
la lucha ya está empeñada.)

NIEVES. Ahora mismo iba á llamarte

SEVERO. (A Andújar; tratando de inquirir)

Que tiene?

ANDÚJAR. (Con indeferencia)
¿Lo sabe usté?
Pues yo....

SEVERO. (¡Por lo que se vé
tu llevas la mejor parte.)
(Nieves se sienta en el sofá. Severo la sigue solícito y Andújar, acércase al piano y preludia una sinfonía)

NIEVES. (No puedo, no me decido)

SEVERO. Y ¿no te encuentras mejor?

NIEVES. Esta cabeza...

SEVERO. (Levantando bastante la voz)
Señor
Andújar.

ANDÚJAR. (Abandonando el piano y acercándose á la mésa de despacho)
Me he distraido.
Perdona; no sé que hacer.
Hay días abrumadores.

NIEVES. Y tanto.

SEVERO. Pero señores!
¡Que mudanza desde ayer!
Vine, de dichas en pos
rebosando de alegría.
y conforme suponía
los encontré á ustedes dos
entre bellos horizontes,
gustando goces sencillos,
y como dos cabritillos,
triscando por esos montes.
De pronto, la situación
aburre más que cautiva:
¿Qué ha motivado ó motiva
tan grande transformación?

NIEVES. Nada ¿pensar has podido
que tú...?

SEVERO. Yo. ¡Ca! ¡Bueno fuera!
Observa que ni siquiera...

NIEVES. (Qué tormento.)

SEVERO. Me he aludido.

Suponerte á tí capaz ...

NIEVES. ¡Tutor!

SEVERO. (Lo que sospeché.)
No, hija mía, no.

ANDÚJAR. ¡Es usté
un hombre muy perspicaz!

SEVERO. ¡Ah! ¿De modo que inocente..
—Mil gracias por el aviso—
hago en este paraiso
el papel de la serpiente?
Qué diantre, y yo que creía...
¡Nunca se ha de conocer
uno...! que vine á romper
la eterna monotonía
de este Edén, algo aburrido;
y que lejos de serpiente
sería aquí un incidente...

ANDÚJAR. ¿Peligroso?

SEVERO. Divertido.

NIEVES. Y no te engañaste.

SEVERO. ¿Sí?
¿Os sirvo de diversión?
Pues siento la desazón
que voy á causarte.

NIEVES. ¿A mí?

SEVERO. Claro.

NIEVES. (Vendiéndose) ¿Te quieres marchar?

SEVERO. Justamente. ¡Qué portento!
Cómo adivina al momento...

NIEVES. No me hagas desesperar.

SEVERO. ?Desesperarte? ¿Eso piensas
tú de mí? De ningún modo.
Si por respetarte en todo
respeto hasta tus ofensas.
En fin, cuestión terminada.
Aún resulto yo obligodo...

NIEVES. ¿Por qué?

SEVERO. Porque me has ahorrado
la mitad de la jornada.

NIEVES. No comprendo.

SEVERO. Desde ayer
varias veces quise hablarte,
y el temor de disgustarte,
y de que pudieras ver
en mí, recelos estraños.
la verdad... me detenía,
porque, vamos, yo decía:
«No me ha visto hace tres años;
tiene por mí adoración,
ó al menos debe tenerla;
¿Cómo han de satisfacerla
unas horas de espansión?»
Y esto me hacía sufrir,
y era tan grande mi apuro
que....

NIEVES. ¡Dios mío!

SEVERO. Te lo juro,
estoy ansiando partir.

NIEVES. Y yo te juro, tutor...

SEVERO. No te molestes, me ausento
esta tarde.

ANDÚJAR. (Toca el timbre y aparece un criado por la puerta segunda de la izquierda)
¿Sí? al momento
la maleta del señor.

SEVERO. (Reprimiendo su indignación)
¡Hombre!

NIEVES. (Avergonzada y arrepentida de su debilidad, dirigiéndose á Severo expresivamente)
Pues ahora no sales
en un año.

ANDÚJAR. (Despreciativo)
Y á mí ¿qué?

SEVERO. (A Andújar, en tono reposado)
Siquiera, procure usté
guardar las formas sociales.
Y, ya que arrojarme ansía
de esta casa...

NIEVES. (Irritada)
¿Cómo así?

Perteneciéndome á mí
es antes tuya que mía.

ANDÚJAR. Ya lo oye usted.

SEVERO. Y lo creo.

ANDÚJAR. Mi delito, si he faltado,
es haberme adelantado
á interpretar su deseo.

SEVERO. Gracias.

ANDÚJAR. Perdone mi error;
y con su permiso...
(Asomándose á la puerta 1.ª de la izquierda)
¡Pancha!
¿No me dá usted la revancha
de la paliza anterior?
¡Soy muy rencoroso!
(Al decir esto, lanza sobre Nieves una mirada iracunda)

PANCHA. (Desde dentro)
¿Sí?

NIEVES. (¡Cruel!)

SEVERO. (¡Todo me lo explico!)

ANDÚJAN. (Suponiendo que sigue dirigiendo á Pancha sus palabras)
Pues, andando.

NIEVES. (Levántase rápidamente y deteniendo á Andújar le dice con voz temblorosa)
¡Te suplico
que no te muevas de aquí!

SEVERO. (¡Suplicar á quien mandaba!)

ANDÚJAR. No sé, por qué te incomoda...

SEVERO. (Mirando á Nieves con profunda compasión)
(Infeliz! La reina goda,
convertida ya en esclava).
(En voz alta, disponiéndose á salir)
Adios.

ANDÚJAR. Por fin vá á marcharse?

NIEVES. (Dulcemente á Severo)
¿No me abrazas?

SEVERO. Si consiente...
(Se abrazan y Severo besa respetuosamente á Nieves)

ANDÚJAR. ¡Por Cristo!

SEVERO. Ha sido en la frente:
no debe usted alarmarse.

ANDÚJAR. Quién ¿yo?

SEVERO. Ya sabe mi nombre,
si algo se le ocurre...

ANDÚJAR. Sí.

SEVERO. (¡Oh! sinó me voy de aquí
¡me arrojo al cuello de ese hombre!
(Vase por la primera puerta de la derecha)

ESCENA IX

NIEVES llorando, ANDÚJAR.

ANDÚJAR. ¿Lágrimas?

NIEVES. Del corazón.
¡Y, qué miedo las tuvieras
si por desdicha supieras
todo lo amargas que son!
(Acércase á la primera puerta de la izquierda y grita)
¡Pancha! Me inspira desprecio...
pero ahora..!

ANDÚJAR. Si conoce
tu plan...

NIEVES. Déjame que goce,
que lo he comprado á buen precio.
(Acercándose á la puerta de la izquierda, llama
¡Pancha!
(Luego sigue hablando con Andújar)
Supongo que eres
hombre de palabra.

ANDÚJAR. ¡Bah!

NIEVES. (Impacientándose. A Pancha)
¿No vienes?

PANCHA. (Apareciendo)
Sí, mujer, ya
estoy aquí: qué me quieres?

ESCENA X

ANDÚJAR haciendo gala de su cinismo. NIEVES volviendo á sentarse en el sofá, PANCHA, entrando por la primera puerta de la izquierda.

NIEVES. Quería... nada, una cosa
muy sencilla. Siéntate.
(Pancha va á sentarse junto á Nieves, pero esta la rechaza con violencia)
¡Conmigo, no!

PANCHA. ¡Ay! cálmate
hija, que estás muy nerviosa.

NIEVES. Por eso, precisamente,
quiero pedirte un favor.

PANCHA. (O me ha vendido el tutor
ó tal vez éste inocente...)

NIEVES. (Preparándole sobre la mesa de la izquierda papel y pluma)
Ponte aquí; sobre esta mesa
todo lo hice prevenir.
Verás; tengo que escribir
una carta, y me interesa
que lleve la necesaria
corrección. Y, como eres
tan diplomática... ¿Quiéres
servirme de secretaria?

PANCHA. Hija, con el alma entera.

NIEVES. Mil gracias; yo bien sabía...

PANCHA. (Sentándose junto á la mesa y tomando la pluma)
(A valor y sangre fría
me echo á reñir con cualquiera).
Dicta. (Caso que me increpe
me defenderá el lebrel).

NIEVES. Aguarda. ¿Tiene el papel
las iniciales de Pepe?

PANCHA. Eso mismo estaba viendo
y siendo tú quien escribe...

la verdad, no se concibe. .

NIEVES. Bien. Ya lo irás comprendiendo.
Señora... (Dictando)

PANCHA. Pero antes...

NIEVES. ¿Qué?

PANCHA. El nombre...

NIEVES. Ya lo sabrás.
Tú misma lo escribirás
con letras grandes... al pie

PANCHA. (Lo dicho que estoy vendida.)

NIEVES. (Dictando, muy excitada y reprimiendo con gran violencia sus nervios, Pancha escribe)
«Mi...» simplemente «señora:
»Cuando una dama atesora.
»lo que usté de fijo olvida:
»no debe brindar su talle

PANCHA. ¿Eh?

NIEVES. «Ni exponerse importuna
»á que la tomen por una
mujerzuela de la calle.»

PANCHA. ¡Nieves!

ANDÚJAR. Eso es por demás
injurioso.

NIEVES. ¿Acaso miento?
(Gravemente á Andújar)
Recuerda su ofrecimiento.

ANDÚJAR. Y ¿qué?

NIEVES. ¡Que lo firmarás!
(A Pancha que se detuvo aguardando la rectificación)
Mujerzuela! ponlo así.

PANCHA. (Continúa escribiendo)
Asi lo pongo, ¡qué horror!

NIEVES. «Hágame pues el favor
»de no acordarse de mí.
»Y en otros adoradores
»busque á sus ansias reposo;
(Recalcando mucho las palabras)
»que yo vivo muy dichoso
»con mi cadena de flores.»

PANCHA. ¿Nada más?
NIEVES. He terminado.
¡Pepe! (En tono autoritario)
PANCHA. (Continúo á ciegas)
ANDÚJAR. Yo no firmo eso.
NIEVES. (Furiosa) ¿Te niegas
á cumplirme lo pactado?
ANDÚJAR. Comprende que es igualarme
al hombre más inferior.
NIEVES. Bien como quieras;
(Asomándose á la primera puerta de la derecha)
¡Tutor!
No te marches sin hablrame.
ANDÚJAR. (Acercándose á ella, violento y desdeñoso)
¿Y puedes ni aun sospechar
que con eso me desarmas?
NIEVES. Uso de tus mismas armas.
ANDÚJAR. (Después de un momento de vacilación)
Corriente; voy á firmar.
(Se sienta, toma el papel y firma con rabia)
(Hay tiempo de recojer
el escrito.)
NIEVES. Al fin te avienes.
Claro, muy claro.
ANDÚJAR. Ahí lo tienes.
PANCHA. (No me queda más que ver.)
ANDÚJAR. (Ha de costarte muy cara
esta victoria.)
PANCHA. Y ahora,
falta el nombre.
NIEVES. ¡Ah! ¡Sí! Señora
Condesa de Santa Clara.
PANCHA. ¿A Consuelo? Y no caí...
NIEVES. A mi contrincante bella
PANCHA. Y yo...
NIEVES. ¿A quién, sino á ella
se la puede hablar así?
PANCHA. (Algo turbada, levantándose)
Me pesa haber accedido...
NIEVES. Lo creo sin que lo jures.

PANCHA. Es tan fuerte...

NIEVES. No te apures
porque nada se ha perdido;
yo misma...

(Coje la carta y escribe sobre ella rápida y convulsamente)

PANCHA. (No tiene nombre
su conducta).

ANDÚJAR. (Aparte á Pancha)
(Nos oyó...)

PANCHA. (Aparte á Andújar)
La culpa me tengo yo
por creerle á usted un hombre.)

NIEVES. Ea, ya está.

(Doblando el papel y haciéndolo retemblar nerviosamente)

Mi deseo
es que llegue á su destino,
y como es un desatino
confiársela al correo...

PANCHA. (¡Qué venganza tan cobarde!)

NIEVES. He pensado en tí.

PANCHA. En buen hora.

NIEVES. (Toca el timbre y entra un criado)
El coche; que esta señora
se marcha esta misma tarde.

(Vase el criado)

PANCHA. ¿De manera que supones?
¡Jesús!

NIEVES. No me hagas estremos,
ni finjas más, ni gastemos
saliva en explicaciones.
Tu embajada sorprendí
y su misiva he leido.
¡Qué asco! hemos concluido.
Vete. Te arrojo de aquí.

PANCHA. Pero ¿la carta?

NIEVES. Es en vano.
¡Qué más quisierais!

ANDÚJAR. ¿Yo?

NIEVES. Vé
Tengo una persona, que
la entregará en propia mano.
Tú, notable embajadora
te puedes acreditar,
solamente con contar
lo que has visto, á tu señora.

PANCHA. Muy bien ¿Y usted no me manda?
(A Andújar que se aparta sin chistar. Luego se acerca más á Nieves, y la dice retándola)
Quizá algún día á mi apeles.
No siempre están los... lebreles,
en tesitura tan blanda.
(Vase por la segunda puerta de la izquierda)

ESCENA XI

NIEVES, ANDÚJAR después SEVERO

ANDÚJAR. Dame esa carta.
NIEVES. ¿Está loco?
ANDÚJAR. No sé en verdad si lo estoy,
pero sé, que desde hoy
mis derechos de hombre invoco
y por tu dícha ó tu mal
mi esclavitud desde hoy cesa,
y el *bull-dog* de la Condesa
ha dejado de ser tal.
NIEVES. ¿Cómo?
ANDÚJAR. De mi torpe acción
ya Pancha ha sido testigo.
NIEVES. ¿Y ha de quedar sin castigo
su perfidia y su traición?
¿Y me ha de satisfacer
ya que en público me reta.
venganza tan incompleta,
que ni aun me permite ver
tu imposición, que rechazo,
por qué en mi daño conspira,
su rostro encendido en ira

al sentir el latigazo?
¿Crées que su afán impio
es porque te adora? Dí.
No te busca á tí, por tí;
te busca, porque eres mío.
Y como vé mi pasión
y de antiguo me detesta,
traidoramente me asesta
los golpes al corazón.

ANDÚJAR. Luchas naturales.

NIEVES. ¡Eh!
¿Qué dices? ¿Escuché mal?
¿Qué tú encuentras natural...?
¿Sabes lo que pienso?

ANDÚJAR. ¿Qué?

NIEVES. Pues que no es un sentimiento
de discutible hidalguía
el que en este instante guía
tu intención; es, que presiento
que se oscurece mi estrella
y que el hastío...

ANDÚJAR. No.

NIEVES. Sí;
te va alejando de mí,
y te vá acercando á ella.

ANDÚJAR. Ilusiones.

NIEVES. Tú querrás
intentarlo...

ANDÚJAR. Te aseguro...

NIEVES. Mas lo que es eso, lo juro,
no lo lograrás jamás.

ANDÚJAR. Bueno, basta de insultarme
con tales suposiciones,
y basta de discusiones
y basta de amenazarme.
¡La carta! Tengo derecho.

NIEVES. ¡Otra vez! Primero...

ANDÚJAR. (Irritado y amenazador)
¡Nieves!
¡La carta!

NIEVES. (Escondiéndola precipitadamente en su escote)
Vén, si te atreves
á arrancarla de mi pecho.
¡Antes te diera mi vida!

ANDÚJAR. Bien. Nada de violencia.
Guárdala. Con mi presencia
queda al punto destruida.

NIEVES. ¡Dios mio!

ANDÚJAR. Me voy de aquí
ya que me obligas á ello.

NIEVES. ¡Pepe!
(Reconviniéndole; pero con voz cariñosa)

ANDÚJAR. Por todo atropello.

NIEVES. ¿Pero es posible, que así
me combatan de consuno
tu ira y tu sin razón?
(Vencida ya; con amorosa dulzura)
¿Es que ya en tu corazón
no tengo imperio ninguno?
¿Es que perdido el encanto
tu lealtad desfallece,
y ya nada te merece
la mujer que te ama tanto?
Vén aquí, que no comprenda
tu instinto.

ANDÚJAR. (Harto de tanta lucha; sentándose en el sofá)
¡Vuelta á empezar!

NIEVES. (Siguiéndole; apasionada y humilde)
Si te me quieren robar,
¿no es justo que me defienda?
¿No me escuchas? ¿No me vés,
tan altiva y orgullosa,
suplicándote llorosa
y arrastrándome á tus piés?
(Se arrodilla. Él muestra disgusto, pero no compasión, Severo aparece por la puerta primera de la derecha)
¿Quieres más fieras torturas?

SEVERO. (¡Oh!)

NIEVES. ¿No te mueve mi afán?

SEVERO. (Recalcando las palabras)
(Desde ayer á hoy, ya estan
invertidas las figuras).

NIEVES. ¿No vés que muriendo estoy?

SEVERO. (¡Por Cristo!)

ANDÚJAR. ¡Quita!

SEVERO. (¡Villano!
¡Y no la tiende una mano!)

NIEVES. (Con angustia; suplicante)
¡Pepe! ¡Pepe!

SEVERO. (¡No me voy!)

(Cae rápidamente la cortina)

ACTO TERCERO

Lujoso *boudoir* de Nieves. Habitación ochavada. Al foro puerta que conduce al jardin. En las dos ochavas, anchos ventanales cubiertos con finos transparentes de encaje. A la derecha, una puerta y á la izquierda otra. Pequeño escritorio de señora, sofá y varios muebles finísimos.

ESCENA PRIMERA

ANDÚJAR, la DONCELLA

ANDÚJAR. ¿Y la señora?
DONCELLA. En el baño.
ANDÚJAR. ¿No le tomó esta mañana?
DONCELLA. Se sentía algo indispuesta.
ANDÚJAR. Sí, ya sé... ¿Y ahora se halla
mejor?
DONCELLA. Así lo parece.
Yo no entiendo una palabra
de enfermedades; mas, creo
que he averiguado la causa
de su malestar.
ANDÚJAR. ¿Tú sabes..?
DONCELLA. ¡Bah! ¡La cosa está más clara..!
La señora es muy sensible.
Nunca se vió contrariada
por nadie...
ANDÚJAR. Y ¿acaso alguno
se atrevió?..
DONCELLA. ¡Jesús me valga!
No señor: Todo ello es hijo
de la repentina marcha
de su extutor; le quería
y le quiere con el alma.
ANDÚJAR. ¿Le acompañó la señora
hasta la estación?

DONCELLA. ¡Si estaba
que no podía moverse!

ANDÚJAR. Sí, eh?

DONCELLA. Medio acongojada.

ANDÚJAR. Pues ¿quién fué entónces?

DONCELLA. Ambrosio
el guarda bosque.

ANDÚJAR. ¡Ah! el guarda...

DONCELLA. Si usted me dá su permiso...

ANDÚJAR. Puedes retirarte.

DONCELLA. Gracias.

ESCENA II

ANDÚJAR

ANDÚJAR. Dos días que ni nos vemos
ni nos hablamos, ni trata
por lo visto de que acabe
tal situación... Pues, si aguarda
á que sea yo quien ruegue...
No es orgullo, ni arrogancia.
Es... ¡hastío! ¿A que engañarme?
¡Hastío! Esa es la palabra:
Me tenía fascinado,
pero los celos... la rabia
que ese hombre llegó á inspirarme;
las ironías de Pancha,
los halagos de la otra
y... Que se yo... La inconstancia
natural de estas pasiones...

ESCENA III

ANDÚJAR, AMBROSIO que sale por la derecha.

AMBROSIO. Señorito.

ANDÚJAR. ¿Eh? ¿Quién te manda
llegar á este gabinete
sin orden mía?

AMBROSIO. Turbado

Caramba...
Si yo... Si es que me he *perdío*
por corredores y salas...
Y lo propio me sucede
siempre que entro en esta casa...
Digo, no; en este palacio.
Si *tiée* más encrucijadas...
Póngame usté, en medio el bosque
una noche que no *haiga*
ni el resplandor de una estrella
y verá usté.

ANDÚJAR. Bien, acaba.
¿A qué vienes?

AMBROSIO. Pues, venía
en busca de usté. La dama
que estuvo aquí, y la otra tarde
hizo como que tomaba
el tren y no le tomó,
y que yo tengo encerrada,
vamos al decir, oculta
por orden de usté...

ANDÚJAR. ¡Chist! ¡Calla!

AMBROSIO. (Bajando la voz)
Pero si *denguno* sabe...

ANDÚJAR. No importa.

AMBROSIO. Ni *naide* pasa
por la casita de arriba
que es en donde está...

ANDÚJAR. (Impacientándose)
¡Que calma!
¿Quieres concluir?

AMBROSIO. Perdone
el señor. Ahí va esa carta
que me ha *dao pá* usté.
(Dándole una carta)

ANDÚJAR. (Toma la carta, rasga el sobre, lo deja caer y lée)
«La broma
»va siendo ya muy pesada;
»y yo, esta tarde, me largo.

»Si usté es hombre de palabra;
»lo que dudo...» ¡Oh!.. «nos veremos
»en la estación. Suya... Pancha.»

AMBROSIO Estos señoritos...
(Recojiendo el sobre y haciéndole añicos)

ANDÚJAR. ¿Qué haces?

AMBROSIO. *Pus* salvarle á usté.

ANDÚJAR. ¿Tú?

AMBROSIO. Vaya.
(Recalcando mucho la frase; bajito)
He *rasgao* en cien mil *peazos*
el sobre que nos delata,
y *pá* que el viento los lleve
los tiro por la ventana.
(Acércase á la ventana de la derecha y tira los pedazos del sobre al jardin)

ANDÚJAR. No eres torpe.

AMBROSIO. ¡Que he de serlo!
Si he estudiado más gramática...

ANDÚJAR. Por esa razón... Escucha.
Si alguien por tí se enterara
de todo esto...

AMBROSIO. Yo soy
un abismo.

ANDÚJAR. Eso hace falta
porque te vá, no el empleo,
sino algo más grave:

AMBROSIO. (¡Alza!
Y el otro que está *escondío*
desde anteayer de mañana
en la casita de abajo
de igual modo me amenaza.
¿Por qué me habré yo metido
en estas tracamundanas?

ANDÚJAR. Ven aquí y fíjate bien.
(Acercándose á la puerta de la derecha)

AMBROSIO. Me fijo.

ANDÚJAR, ¿Ves esa sala?

AMBROSIO. Si.

ANDÚJAR. Pues á la izquierda, enfrente,

está mi despacho; pasas
por aquella puerta.

AMBROSIO. ¿Aquella
de cortinas coloradas?
Bien.

ANDÚJAR. Penetras en mi alcoba
y así...

AMBROSIO. Si, con cierta maña...

ANDÚJAR. Recoges una maleta
que hallarás sobre mi cama.

AMBROSIO. Pues voy ahora mismo.

ANDÚJAR. No.
Que aún no la tengo arreglada.
Dentro de un rato.

AMBROSIO. Corriente.
Descuide usté.

ANDÚJAR. Hay que llevarla...

AMBROSIO. A la estación; comprendido.
¿Se ofrece algo más?

ANDÚJAR. No; anda,
retírate (Ambrosio encamínase hácia la izquierda, pero Andújar le detiene indicándole la puerta del foro) Por aquí.
mastuerzo.

AMBROSIO. ¡Si estoy en Babia!
¡Si lo mismo me sucede
siempre que entro en esta casa!
(Vase por la puerta del foro)

ESCENA IV

ANDÚJAR, la DONCELLA por la puerta de la izquierda

DONCELLA. La señora, le suplica
á usted, se sirva esperarla
unos instantes.

ANDÚJAR. Muy bien
(Se aproxima la batalla.)

ESCENA V

Dichos, el DOCTOR, entrando por la puerta del foro.

DOCTOR. (Con espresión amable, de hombre franco y alegre)
¡Andújar!
ANDÚJAR. ¡Caro doctor!
DOCTOR. Muy barato y no me pesa.
(Preguntando á la doncella)
¿Y la señora Condesa?
DONCELLA. Mejor.
ANDÚJAR. Bastante mejor.
DOCTOR. De modo que ¿se me llama
sólo por gusto? ¡Jé! ¡jé!
¡Malvados! Lo sospeché
al leer el telegrama.
ANDÚJAR. ¿El telegrama?
DOCTOR. (Presentándolo) Aquí está.
«Véngase usted de contado
»porque ofrece algún cuidado
»la salud de Nieves.»
ANDÚJAR. ¡Bah!
DOCTOR. ¿Y no es cierto?
ANDÚJAR. ¡Que ha de ser!
Sigue, si, algo delicada...
Pero, todo ello no es nada.
Nada. ¿Y se puede saber
quien lo firma?
DOCTOR. Ese es el quid.
Nadie.
ANDÚJAR. ¿Cómo?
DOCTOR. Lo que he dicho.
Alguien que tuvo el capricho
de sacarme de Madrid.
¡Jé! ¡jé!
ANDÚJAR. No comprendo...
DOCTOR. ¡Aleves!
¿A que fué usted mismo?

ANDÚJAR. ¿Yo?
DOCTOR. ¿De veras?
ANDÚJAR. Juro que no.
DOCTOR. Entónces, ha sido Nieves.
¡Me ha hecho cada perrería
cien mil veces, sin motivo...!
ANDÚJAR. Si ya sé.
DONCELLA Lo positivo
es, que desde el otro día,
aunque no ha guardado cama
no se halla bien.
DOCTOR. ¡Que si quieres!
¿Qué apostamos, que tú eres
la autora del telegrama?
DONCELLA. ¿Yo?
DOCTOR. No lo niegues.
DONCELLA. ¿Yo autora..?
DOCTOR. Te delata esa sonrisa.
DONCELLA. ¿Yo atreverme?...
DOCTOR. Bien; avisa
mi llegada á tu señora;
dile que la quiero ver
pronto, por tranquilizarme
y porque pienso marcharme
hoy mismo.
ANDÚJAR. (Vá á sorprender
entónces...) ¿Tan perentorio
es el viaje? Yo le ruego...
DOCTOR. ¡Ah! y, escucha.
DONCELLA. ¿Qué?
DOCTOR. Que luego
te haré un interrogatorio.

(Váse la doncella por la puerta de la izquierda)

ESCENA VI

ANDÚJAR, el DOCTOR.

ANDÚJAR. ¿Pues?
DOCTOR. Chocheces de mi edad.

Generalmente, al doctor
lo propio que al confesor,
se le oculta la mitad
del pecado; y, cuando lucho
con enfermo impenitente,
procedo sencillamente
como juez práctico y ducho,
que por saber lo que pasa
é irse en la causa orientando,
el hombre, vá preguntando
hasta al perro de la casa.

ANDÚJAR. ¡Ah! ¡vamos!

DOCTOR. Y ya, con leves
indicios, sigue la huella.
En fin, que, por la doncella,
sabré lo que tiene Nieves.
Así he salvado el pellejo
á muchos.

ANDÚJAR. Y yo doy fé;
si señor.

DOCTOR. Que quiere usté,
marrullerías de viejo.

ANDÚJAR. ¡Ciencia! ¡Mucha ciencia!

DOCTOR. No;
experiencia, voluntad.
Cualquier médico á mi edad
sabe lo mismo que yo.

ANDÚJAR. Bien, pero eso de marcharse
hoy mismo...

DOCTOR. Por de contado,
Si me he venido escapado.
Pues, si llegan á enterarse
algunas.

ANDÚJAR. ¡Qué esclavitud!

DOCTOR. Cuando no se nace rico..
¡Jé! ¡jé! Vamos, no me explico
como gozo de salud.
Si señor. Vivo en un tris,
y siempre dado al demonio.
Apenas un matrimonio

encarga un niño á París,
ya me hecho á temblar.

ANDÚJAR. Pues, hombre...

DOCTOR, Me acosan, y me retienen...
Y, como los *bebés* vienen
facturados á mi nombre,
y al año recibo mil,
me paso la vida entera...

ANDÚJAR. Claro.

DOCTOR. En la sala de espera
de la estación infantil.

ANDÚJAR. ¡Es gracioso!

DOCTOR. ¡Y qué plantones
me dan algunos!

ANDÚJAR. Lo creo.

DOCTOR. Así, que, cuando los veo
hechos unos zagalones,
sin poderlo remediar
exclamo viendo sus bríos:
«¡Andad con Dios, hijos míos,
que bien me hicisteis sudar!»

ANDÚJAR. ¿Y Nieves?

DOCTOR. ¡Oh! Esa es
una excepción adorable.
Por ser en todo notable...

ANDÚJAR. ¿Llegó pronto?

DOCTOR. En Sud Exprés.

ESCENA VII

Dichos, la DONCELLA, por la puerta de la izquierda. Levanta un paño de la cortina para dejar paso á NIEVES, después de anunciarla.

DONCELLA. La señora.

DOCTOR. Que me place.
(Acercándose á saludarla con efusión)
¡Condesa!

NIEVES. (Muy cariñosa y sonriente; sorprendida)
Pero, Alamillo:

¿Quién se muere en mi castillo?

DOCTOR. Diga usted mejor, quien nace,
querida mía.

NIEVES. ¡Qué horror!

DOCTOR. ¿La horrorizo?

NIEVES. Ya lo creo.
En usted tan sólo veo
al médico, á mi doctor.
¿Viene usted de algún lugar
cercano?
(Se sienta en el sofá de la izquierda)

DOCTOR. (¡Será taimada!)
(Sentándose junto á Nieves, en una silla)
No señora.. vengo... á nada,
á pasearme, á cazar.

NIEVES. ¡Bravo!

DOCTOR. En busca de quietud
y de oxígeno y de ambiente...
No me queda ni un cliente
que ya no venda salud.

NIEVES. ! Que fortuna!

DOCTOR. Y como allí
nada gano, y yo no tengo
bienes; francamente; vengo
á pegar mangas aquí.

NIEVES. ¿Cierto? ¿con formalidad?

DOCTOR. ¡Vaya! (¡Finje con un arte!)
En serio, Condesa. ¿El parte
no es suyo?

NIEVES. ¿Eh?

DOCTOR. La verdad.
Si me ha hecho gracia la idea.

NIEVES. Le aseguro que no sé...
¿A qué se refiere usté
en este momento?

DOCTOR. (Mostrando el telegrama)
Lea.

NIEVES. (Después de ver el telegrama para enterarse)
Y ¿no halla usted solución?

DOCTOR. Sí, si claro se concibe

que alguno...

NIEVES. (Satisfecha)

Que se desvive...

por mi salud,

DOCTOR. ¡Ah, bribón!

NIEVES. Injustamente alarmado...

DOCTOR. ¿Andújar?

ANDÚJAR, ¿A que mentir?

No es mio.

DOCTOR. ¿No?

NIEVES. (Disgustada, convenciéndose de que no es cierto lo que presumía. Con acritud mal disimulada)

Iba á decir

que, tal vez algún criado...

DOCTOR. Corriente, no importa quien,

yo le estoy agradecido;

lo esencial, es que he venido

y la encuentro...

NIEVES. Nada bien

DOCTOR. ¿Que siente usted?

NIEVES. Que sé yo;

un malestar...

DOCTOR. ¡Grave cosa!

No se ponga usted nerviosa

ni se desespere.

NIEVES. ¿No?

Pues cúreme usté.

DOCTOR. Enseguida.

Pero es fuerza que me ayude,

y ante todo, que no dude

de mi gran ciencia, querida.

¡Fidex!...

NIEVES. Si no se esplicar

los síntomas, si no puedo...

DOCTOR. (Tomándola el pulso y mirándole á los ojos)

(Esos ojos... Me dá miedo

lo que empiezo á sospechar.

Hay un sello en su semblante.. .)

Usté no es débil ni enteca,

pero, la verdad, no peca

en sus gustos de constante.

ANDÚJAR. ¡Oh!

DOCTOR. No es decir que hoy estima
lo que ayer odió; despacio.
Mas, creo que este palacio...

NIEVES. Sí; se me viene ya encima!

DOCTOR. Y necesita cambiar
de aires, de cielo.

NIEVES. Sin duda.

DOCTOR. Buscar algo, que sacuda
sus nervios, en fin, viajar.

NIEVES. Viajaré.

DOCTOR. Y en el momento.
A escape.

NIEVES. ¿Tanta es la urgencia?
¿Es decir, que mi dolencia?...

DOCTOR. No es tal. Es, aburrimiento.

NIEVES. Se equivoca usted, jamás
sufrí tales emociones.
Ni nunca mis sensaciones
fueron tan hondas.

DOCTOR. Quizás

NIEVES. (Irritable, mirando á Andújar de soslayo)
Y si alguien de mi presume
otra cosa...

DOCTOR ¿La ofendi?
(Pues algo hay dentro de tí
que te angustia y te consume.)
Si me quiere usted creer...

NIEVES. Ya hablaremos otro día.

DOCTOR. Es que yo, querida mía,
me marcho al anocher.

NIEVES. ¿Cómo?

DOCTOR. ¿No lo dije ya?
Las visitas de Doctor
es sabido...

NIEVES. No señor,
usted no se marchará

DOCTOR. Pero Condesa...

NIEVES. Y le aviso

que por mucho que le importe...
DOCTOR. ¿Olvida usted que en la corte
se me llama Don Preciso?
Ea, ya está usted nerviosa,
y no debe exacerbarse
NIEVES. No, si...
DOCTOR. Procure calmarse
un poco, niña mimosa;
mientras yo voy á admirar
esta posesión tan bella.
(Veremos si la doncella
me acaba de confirmar)
(Vase por la puerta del foro)

ESCENA VIII

NIEVES, ANDÚJAR

NIEVES. Por fin he logrado verte
ANDÚJAR. Pensé que si algo querías...
NIEVES. (Irónicamente)
Habrás estado estos días
entre la vida y la muerte.
Digo, lo supongo así,
y no por vano capricho
ANDÚJAR. ¿Pués?
NIEVES. Mil veces ¿no me has dicho
que no vivías sin mí?
Y que en eternas venturas
convertía tus enojos,
y que al cerrarse mis ojos
se quedaba el mundo á oscuras?
ANDÚJAR. ¡Oh!
NIEVES. Y ¿en más de una ocasión
no esclamaste entusiasmado:
Cuando no estoy á tu lado
ni aun late mi corazón?
(Con risa nerviosa y forzada)
Já! já!..
ANDÚJAR. Prosigue.

NIEVES. ¿Te agobio
con la fé de que hago gala?
Parezco ¡una colegiala
que pide celos al novio!
¿No es verdad?

ANDÚJAR. Tus ironías
no cuadran en este instante.

NIEVES. ¿Que se hizo de aquel amante
que yo tuve en otros días?
Tus protestas, tu pasión:
¿dónde están? dí, ¡fementido!
(Estallando)
¡Caminando hácia el olvido
en alas de la traición!
¿Se puede, ni imaginar....?

ANDÚJAR. Ya ves que no te contesto

NIEVES. ¡Vírgen santa!

ANDÚJAR (Exagerando su despego) ¿Y para esto
sólo me hiciste esperar?

NIEVES (Exaltándose más y más frenética)
Y para no enloquecer
víctima de tus agravios;
para escuchar de tus lábios
lo que no quiero creer;
para que cual un ladrón
cobarde, no huyas de aquí;
para decirte que á mí
no se me arroja á un rincón
como á un objeto inservible
del que ya se ha disfrutado.

ANDÚJAR. ¡Nieves!

NIEVES. Siquiera, ¿has soñado
que eso sería posible? (Enérgica y dolorida)
¡Núnca! á mi se me aprisiona,
más aún, se me maltrata,
se me hiere, se me mata,
pero no se me abandona.
Y juro que, si te vás,
por tí, bajaré hasta el lodo:
Yo lo sufro todo, todo

pero el desprecio, ¡jamás!

ANDÚJAR. ¿Concluiste?

NIEVES. Todavía
la hiel me rebosa; espera.
(Con mucha ira y dolor)
Contéstame, ten siquiera
el valor de tu falsía.
Dime que tu aspecto frío
no nace de la traíción
y que tu resolución
no la produce el hastio.
Dignifica tu vileza.
y tu alevosos fines
ya que, cruel, me asesines:
hunde el puñal con nobleza.

ANDÚJAR. Pero ¿á qué es esta cuestión,
ni á qué el tono me levantas
ni á qué vienen ahora, tantas
injurias de relumbrón?
¿Qué hice que no tiene nombre?
¿Qué sucede al fin y al cabo?
Simplemente, que el esclavo
se ha convertido en un hombre,
y arroja con lealtad
las argollas que le hieren,
y, si dársela no quieren,
se toma la libertad.

NIEVES. ¿Se la toma? ¿Para qué?
¿Para gozar de ella ufano?
Para venderla, villano.
á quien primero le dé
halagos, á su ambición,
á su soberbia, atractivos,
y estimulantes lascivos
á su asquerosa pasión.

ANDÚJAR. Pero...

NIEVES. ¡Hablar de esclavitud
y de argollas y tormentos;
profanando sentimientos
de sublime excelsitud!

¡Qué vil ó que nécio eres!
¡egoismo é interés!
¿Qué es el amor, sino es
la esclavítud de dos seres!

ANDÚJAR. ¡Oh!

NIEVES. ¡Pretender redimirse
de mi tiránica mano;
de mi yugo! ¡Buen tirano
el que empieza por rendirse!
Porque así comencé yo;
ni desdeñosa ni artera,
dándole mi vida entera
á quien dichas me mintió.
Y es inútil que me arguya
que le robé su albedrío.
quise, es cierto, hacerle mío;
pero, después de ser suya.

ANDÚJAR. Es decir que ¿te acomodas
á cuanto exijo de tí?

NIEVES. Es decir, que soy y fuí
una mujer como todas.
Avarienta, sin codicia,
débil ó fuerte en mi daño,
y tan rebelde al engaño
como blanda á la caricia.

ANDÚJAR. ¿Y no quisiste reinar
con despótico poder?

NIEVES. (En un arranque de noble desesperación)
¿Qué ménos pudiste hacer
que dejármelo soñar?
(Breve pausa)
¿Cuál es siempre el resultado?
Aquí está vivo, elocuente.
Un infiel y una inocente
víctima, cuyo reinado,
apenas nace, se acaba;
(Recalcando sus palabras con resignada tristeza)
que la mujer, por su mal,
lleva bajo el manto real,
la túnica de la esclava.

(Pausa, durante la cual, Andújar hace ostentación de cínica indiferencia, y Nieves procura desimpresionarse)

Acabemos. El doctor,
aunque no puede curarme,
crée que debo alejarme
de estos sitios; y en rigor,
á pesar de ser tan bellos,
su vista agrava mi mal:
¡Fuí, por mi sino fatal,
tan venturosa entre ellos!
Aún no tengo designado
el punto, ni me indicó...
Pero, en fin... ¿Tú vienes?

ANDÚJAR. ¿Yo?
(Con ironía)
¿En clase... de apoderado?

NIEVES. ¡En clase!

ANDUJAR. ¿Por qué enmudeces
ahora? ¿Tú suponías?..

NIEVES. (Con sencilléz)
Que si aceptabas, vendrias
con el cargo de otras veces.
¿Es un hecho extraordinario,
ó costumbre desusada,
que yo viaje acompañada?..

ANDÚJAR. (Acentuando mucho la frase)
Justo, de tu secretario.
Especie de rodrigón
que de tí no quita ojo,
y sufre más de un sonrojo
á cada presentación.
(Acercándose mucho á ella, y queriendo argumentar contra las bondades y el cariño de Nieves)
Si mi condición obscura
no entibia tu ardiente fé
ni tu cariño ¿Por qué
no me elevaste á tu altura?

NIEVES. (Sorprendida por la pregunta. Con vehemencia)
Por torpeza, por error,

Por estúpidas quimeras.
Por todo lo que tu quieras,
excepto por desamor
¿Lo dudas?

ANDÚJAR. Si.

NIEVES. Pues te gano
en hidalguía.

ANDÚJAR. Según.

NIEVES. ¡Oh! Si me amas aún
no vacilo: esta es mí mano.
(Ofreciéndole la derecha)
Acéptala, y ni un segundo
sufra por mí tu altivez.
Sé mi esposo, y una vez
que te hayas impuesto al mundo;
en hermosas lejanías
sin rencores ni mudanzas,
buscaremos remembranzas
á nuestros felices días
¿Quiéres? Responde.

ANDUJAR. Ya es tarde.

NIEVES. (Vacilante y desesperada)
¿Tarde?.. Pero ¿á que rogar?

ANDÚJAR. (Muy friamente)
Necesito consultar
mis sentimientos.

NIEVES. (Descompuesta)
¡Cobarde!
¡Infame! ¡malvado!

ANDÚJAR. ¡Oh!

NIEVES. Si lo estoy leyendo en tí.
Quieres marcharte de aquí
para irte con ella.

ANDÚJAR. ¡No!
Lo juro...

NIEVES. ¡No jures! ¿Vás
á prescindir ya de todo?
No te encharques de ese modo
ni te prostituyas más.

ANDÚJAR. ¡Nieves!

NIEVES. (Exaltándose progresivamente)
¡No hagas que me venza
tu repugnante mentira!
¿No vés que, más que la ira,
me está ahogando la vergüenza?
Porque me avergúenzo, si
de mi pasión.

ANDÚJAR. (Irritado)
¡Por mi nombre!
Calla, ó...

NIEVES. (Deseperada y soberbia)
Y ¡este es, el hombre
á quién mi alma le dí!

ANDÚJAR. Un hombre, que no consiente
ese lenguaje procaz.

NIEVES. ¡Eso! arroja el antifaz
y luchemos frente á frente.
¿La adoras?

ANDÚJAR. (Provocativo)
La adoro, sí;
y tu sola eres culpable...

NIEVES. ¡Miserable! ¡Miserable!

ANDÚJAR. Vé, que estoy fuera de mi.
Y que mi sangre arde ya;
y ya mi cerebro estalla.

NIEVES. ¡Miserable!

ANDÚJAR. (Amenazándola)
¡Cálla! ¡calla
ó te ahogo!

NIEVES. ¡Eh!

SEVERO. (Apareciendo en la puerta del fondo, rie ruidosamente. Andújar al verle se reprime, Nieves cae sollozando en el sofá)
¡Já! ¡já! ¡ja!

ESCENA IX

Dichos, SEVERO

SEVERO. ¡Divino! sigan ustedes.

NIEVES. ¡Tú!

SEVERO. Yo mismo, tu extutor
que como el Comendador,
se filtra por las paredes
ANDÚJAR. ¡Estaba aquí! (Ravioso)
SEVERO. Esto se llama
una sorpresa.
ANDÚJAR. (Dominando su coraje, pero provocativo)
¡Así es!
SEVERO. (Dirigiéndose á Nieves, con parsimonia)
Me inspiró tal interés
el desenlace del drama
que, aunque fuí de la... *función*
tan cruelmente arrojado...
ANDÚJAR. ¡Ya!
SEVERO. Me quedé acurrucado
en un oscuro rincón
Y,sin paciencia ni aguante
que me puedan reprimir,
me presento á interrumpir
la escena más culminante,
y esclamo lleno de ardor
por su ingenio peregrino...
¡Sublime! ¡Bravo! ¡Divino!
¡El autor! ¡Salga el autor!
ANDÚJAR. ¡Basta de burlas!
SEVERO. ¡Je! ¡jé!
ANDÚJAR. (Provocativo)
Llega usted, á la verdad,
con mucha oportunidad.
(Nieves, temorosa, trata de interponerse y Severo despues de apartarla dulcemente, se acerca á Andújar)
SEVERO. No temas. ¿Decía usté?
ANDÚJAR. Que ni sufro ni tolero
su farsa preconcebida;
y que juro, por mi vida
y mi fé de caballero...
SEVERO. ¡Bah! ¡bah!
ANDÚJAR. Que tarda la hora
en que los dos nos veamos.

SEVERO. (Muy reposado)
Reflexione usted que estamos
delante de una señora.

ANDÚ AR. ¿Y qué?

SEAERO. Y, lo cortés no quita..,

ANDÚJAR. No admito lecciones.

SEVERO. Puede.
(Enérgica y duramente)
Eso mismo, le sucede
siempre á quien las necesita.

ANDÚJAR. Marchemos.

NIEVES. ¡Por Dios!

SEVERO. Despacio.

ANDÚJAR. Es que ya ansío que acabe...

SEVERO. Usted me conoce, y sabe
que yo no he de andar reacio
en aceptar la partida;
pero ahora tengo interés
en que me oiga, que después
nos jugaremos la vida.
Y jzugue si en la querella
con gusto la he de arriesgar
cuando la voy á jugar...

ANDÚJAR. ¡Oh!

SEVERO. Contra usted y por ella.

ANDÚJAR. ¡Por ella! Ya se vendió.
Siga usted ¿á que ocurtarla..?

SEVERO. Por ella, sí, por vengarla
del hombre que la injurió

ANDÚJAR. ¡Mentira!

NIEVES. (Acercándose á Andújar, suplicante)
¡Oh!

SEVERO. Déjale.

NIEVES. ¡Vete! todo ha concluído.

ANDÚJAR. ¿Ahora?

NIEVES. (A Severo) ¿Por qué has venido?

SEVERO. No te asustes.

ANDÚJAR. (Irónico)
¡Mírale!
tratando de confundirme

con su presencia arrogante.
Ahí tienes, al nuevo amante
que aspíra á sustituirme.
Ahí tienes la explicación
de sus insultos.

SEVERO. ¡Villano!

ANDÚJAR. Del odio fiero, é insano,
que le inspira mi pasión.

NIEVES. (Gozandose al oir esas palabras)
¡Tu pasión!

ANDÚJAR. (Despreciativo)
La que sentí.
Porpue ese engendro alevoso,
se permite estar celoso...

SEVERO. (Grave y amenazador)
¡Andújar!

ANDÚJAR. Celoso, si.

SEVERO. ¡Nieves! te juro...

ANDÚJAR. Repara
en su rostro... delator;
y aunque no tiene el valor
dc decírtelo en tu cara
porque es un cobarde...

SEVERO. (Hondamente afectado y rabioso, suplicando a Nieves)
¡Espera!
No salgas ahora de aquí,
que se despiertan en mi
los instintos de la fiera;
y sólo tú, con tus lazos
y tu fuerza singular...

NIEVES. (Muy excitada, conteniendo á Severo)
¡Por Dios!

SEVERO. Puedes evitar
que le ahogue entre mis brazos

ANDÚJAR. ¿Es brabura reprimída,
ó miedo de algún percance?

SEVERO. ¡Que me pone usté, en el trance
más terrible de mi vida!

ANDÚJAR. ¿Sí, eh? Demuestre que miento

y qué vilmente le ultrajo.

SEVERO. (Fuera de sí, convulsivamente)
¡Ea! Caretas abajo
y que se hunda el firmamento.

ANDÚJAR. (Satisfecho)
¡Por fin!

SEVERO. Si en ello hay desdoro...

NIEVES. ¡Calla!

SEVERO. ¡Núnca! mátame,
ó vete! ó perdóname...
Pero, ¡te adoro! ¡Te adoro!

NIEVES. (Cubriéndose con las manos el rostro)
¡Jesús!

SEVERO. (Dirigiéndose a Andújar que le mira sonriendo para irritarle mas)
¿Está satisfecho
su rencor?

NIEVES. ¡Vírgen María!

SEVERO. ¿Necesíta todavía
más combustible su pecho?
Pues, oiga mi confesión
para que su furia aumente;
y sabrá, como se siente
y se ahoga una pasión.

NIEVES. Pero ¿tú?...

SEVERO. ¡Si es monstruoso!
Si no lucho en mi ínterés;
si lo comprendo; si es
terriblemente espantoso;
(Con sinceridad y ternura)
más ¡que quieres! Te amo, sí.
¿No hay amor entre las fieras?
¡Oh! sí imaginar pudieras
lo que he sufrido por tí!
Por tí, ínquieto y anhelante,
he corrido el mundo todo
conquistándome el apodo
del nuevo Judio Errante.
Y advirtiendo en mi porfía
que, cuanto más me alejaba,

más tu imagen se agrandaba
y por do quier me seguía.
Por tí, mi risible faz,
que nunca á fingir acierta,
se mostró siempre cubierta
con el tupido antifaz
del engañoso humorísmo;
y por último, por tí
hasta reniego de mí
y reniego... ¡de Dios mismo!
que al darme este corazón
tierno, ardiente, apasionado,
quiso dármele, encerrado
en tan horrible armazón.

ANDÚJAR. ¿Qué tal? ¿Estaba en lo cierto?
¿Era infundado mi encono?

NIEVES. ¿Y qué? Yo se lo perdono.

ANDÚJAR. (Procurando herir en lo más vivo)
Haces muy bien... A rey muerto...

NIEVES. ¿Supones?

ANDUJAR. Que si uno acaba...

NIEVES. ¿Hay pensamientos más viles?

SEVERO. ¿Que te extraña? Los reptíles
solo pueden soltar baba

ANDÚJAR. (Violento, impaciente)
¡Salgamos! ¡salgamos!

SEVERO. Sí.
Si al punto le seguiré;
si para eso me quedé,
y para eso estoy aquí

ANDÚJAR. Pues ¿á que espera?

SEVERO. Enseguida,
y de ello estoy muy ufano:
sí el levantarle la mano
ha de costarle la vida

NIEVES. (Deteniendo á Severo)
No, tú no irás.

SEVERO. ¿Que no iré?

ANDÚJAR. Todo es ya inútil, señora.

SEVERO. ¿Sitio?

ANDÚJAR. Dentro de una hora
en la cañada.

SEVERO. Estaré.

(Vase Andújar por la puerta de la derecha y Severo por la de la izquierda

ESCENA X

NIEVES, después el DOCTOR y la DONCELLA.

NIEVES. Adelantándose hácia la puerta por donde salió Severo. Se detiene junto al sofá)
¡Oye! No importa, no cedo.
Si se empeñan en luchar,
por fuerza, han de disparar
sobre mí... ¡Virgen! ¡no puedo!
(Cáe desplomada sobre el sofá)
¡Cipriana! ¡Cipriana!

DONCELLA. (Entrando por la puerta del foro, asustándose al ver el semblante de su señora)
¿Eh?

NIEVES. ¡Nada! ¡un vahído!

DONCELLA. ¡Doctor!

DOCTOR. (Entrando por la puerta del foro)
Más á punto.

NIEVES. ¡Por favor....,
agua!.....

DOCTOR. (¡No me equivoqué!)
(Acércase á Nieves y dice á la doncella:)
Pronto, su frasco de sales;
(Váse la doncella por la puerta de la izquierda.)
(Facciones rígidas, duras,
¡Ah! Sí, locuras, locuras;
consecuencias naturales
y lógicas.....) ¿Paso ya?

NIEVES. Muchas gracias; ya me siento
mejor...
(Vuelve la doncella con el frasco de sales
y se lo entrega al Doctor.)

DOCTOR. Aspire un momento

este pomito... ajajá...

NIEVES. Gacias, ya estoy más tranquila.

Levántase y se acerca al escritorio de la derecha)

DOCTOR. ¿Lo vé usted?

NIEVES. No quiero nada.
Vete. (A la doncella)

DONCELLA. Bien.

NIEVES. (Preocupada por el suceso anterior)
¡En la cañada!
¡Dios mio!

DONCELLA. (Al Doctor)
¿Mando hacer tila?

DOCTOR. Sí.

NIEVES. ¡Si no hay necesidad!

DOCTOR. Sin embargo es un calmante.
(Vase la docella por la puerta del foro)
Pero, siéntese un instante;
imponga su voluntad
á esos nervios.

NIEVES. Si usté ignora...

DOCTOR. Qué he de ignorar criatura,

NIEVES. ¡Ay, Doctor!
(Siéntase en un sillón á la izquierda del escritorio)

DOCTOR. Si no procura
dominarse... ¿Por qué llora?
Usté al fin es libre.

NIEVES. ¡Oh!

DOCTOR. Y si bien se considera...
¡Qué diantre! No es la primera...

NIEVES. (Muy asombrada) ¿La?...

DOCTOR. Si

NIEVES. Pues ¿qué tengo yo?

DOCTOR. En resumen... (¡Voto á sán!
la cosa es apuradilla).
nada, porque es muy sencilla
su curación, con el plan
que voy á ordenarla. Un viaje,
como antes ya dije á usté,
es lo primero

NIEVES. Me iré.
DOCTOR. A Italia, á Rusia; el paraje
es lo de menos.
NIEVES. (Sin comprender)
¡Qué extraño!
DOCTOR. Pues no lo juzgue mentira.
Lo esencial es, que la gira
dure lo menos un año.
NIEVES. ¿Un año?
DOCTOR. Siempre conviene
ver el mundo; recrearse...
NIEVES. Sí.
DOCTOR. Después: con no alterarse
por nada, con mucha higiene
(Poniéndose á escribir)
y con lo que esta receta
indica... se curará.
Ya verá usted, ya verá;
la fórmula es muy concreta.
NIEVES. ¡No comprendo..!
DOCTOR. Si, hija si,
se va usted á sorprender...
Pero no deje de hacer
todo cuanto ordeno aquí;
(Dándole la receta doblada)
y al punto, sin dilación
Condesa, sin vacilar,
porque es preciso evitar
cualquiera complicación.
¡Uy! ¡Qué tarde es ya..! ¡Malhaya!
Si se me escapa el expres...
(Nieves desdobla el papel para leerlo)
No la lea ahora; después.
NIEVES. ¿Eh?
DOCTOR. Después que yo me vaya.
(Nieves dobla de nuevo el papel)
Como usted, gracias á Dios,
ya de mi no necesita
y me esperan, Vicentita
y la esposa de Quirós;

contando con su permiso
he pensado regresar...

NIEVES. ¡Que prisa!

DOCTOR. No hay que olvidar
que me llaman don Preciso;
y, si no me vén allí...

NIEVES. Lo creo.

DOCTOR. (Con verdadero cariño) La cosa es grave;
pero usted, Condesa, sabe
que dispone usted de mí;
y, que este viejo machucho
tiene un alma bíen templada,
y no se asombra por nada
y la requiere á usted mucho
Y, en fin, (me falta valor
para...) No, no, debo irme.
¡Adios! Voy á despederme
del bueno de su extutor
(Vase por la izquierda)

ESCENA XI

NIEVES

NIEVES. (Acompañando al Doctor hasta la puerta)
Si, ahí está todavia.
(Volviendo al proscenio.)
Pero este doctor... ¿por qué
insiste?.. (Leyendo la receta) «Cásese usté»
(Asombro, terror y espanto, á medida que vá comprendiendo su estado)
¡Como! ¡Jesús! ¡Madre mía!
(Corriendo hácia la izquierda)
No, no es cierto, es ilusión
de ese hombre! yo no sentí...
(Se detiene junto á la puerta.)
¡Desventurada de mí!
(Retrocede y se deja caer, sollozando sobre el sofá)
¡Perdón, Dios mío, perdón!
(Llora; luego levanta los ojos, dolorida, pero resignada)

Mi soberbia é impudicia
hallan su pago esta vez
Eres inflexible Juez
pero es grande tu justicia.
¿A quién, de mí ceguedad
puedo hacerle responsable?
¿Quién es único culpable
de mí triste soledad?
Yo misma, yo, que troqué
mis jazmines en espinas,
y que las leyes divinas
y humanas. pisoteé.
Yo, que á nada le temí;
yo que torpe y altanera.
á la humanidad entera
esclava mía creí...
Y hoy, mis creencias extrañas
son mi mayor enemigo;
porque el castígo... el castígo
lo llevó aquí, en mís entrañas.
(Enjúgase de nuevo los ojos y se levanta)
¡Ea! mujer sin ventura;
á domeñar tu fiereza;
á hundir tu altiva cabeza
ante el hombre, á quien impura
entregaste dicha y honra;
á arrastrarte hasta morirte.
¿No eres sierva? pues á uncirte
al yugo de tu deshonra!
(Acercándose á la puerta de la derecha grita)
¡Pepe! ¡Pepe!

ANDÚJAR. (Desde dentro)
Déjame;
Es inútil que me llames.

NIEVES. ¡Por Dios! por cuanto más ames
en el mundo, escúchame;
(Breve pausa)
¡Se vá..! Si ya sólo exíjo
compasión! ¡Aún se resiste!
(Gritando con voz suplicante)

¡Por la fe que me tuviste;
(Entra corriendo y dice:)
¡Espera! ¡Por nuestro hijo!

ESCENA XII

SEVERO aparece muy conmovido por la puerta de la izquierda. NIEVES vuelve por la de la derecha sollozando y cubriéndose la cara.

SEVERO. ¡Desgraciada! ¿A qué insistir?
¿Aun convencida no estás?
NIEVES. (Mirando hacia atrás con los ojos llenos de lágrimas)
¡Miserable!
SEVERO. Y, además:
¡quién sabe si ha de vivir!
No alardeo de valor;
es tan aciaga mi suerte,
que, quien de ella me liberte,
me hará un inmenso favor;
y aunque Andújar es famoso
tirador y está en su centro...
Verás cómo en el encuentro
no se muestra generoso.
NIEVES. Pero, si es que es imposible
ese duelo.
SEVERO. Inevitable.
Tú eres mujer razonable,
y, por sangriento y terrible
que llegase á resultar,
hay que aceptarlo.
NIEVES. ¡Yo muero!
SEVERO. Bien sabes que un caballero
no lo puede rehusar.
Son juicios de *El* que está arriba,
y si *El* lo dispone así...
NIEVES. ¿Pero qué va á ser de mí?
Yo necesito, que viva
ese hombre.
SEVERO. ¡Qué triste error!

NIEVES. (Descsperada)
¡Si es que no estás enterado!
SEVERO. De todo, antes te he escuchado
y hablé ya con el doctor.
NIEVES. ¡Qué vergüenza!
SEVERO. A quién llamé
porque en tu estado, advertí
algo, que no comprendí
y que luego me expliqué.
NIEVES. Entonces, no extrañarás
que yo ansíe defenderle
y nuevamente atraerle.
SEVERO. ¡Pobre! ¡Que engañada estás!
NIEVES. ¡Quien sabe! Yo le ofendí,
me cegué y en mi locura...
SEVERO. Si es el hastío, la hartura,
lo que le aleja de tí;
Si es que constante y tenaz
otro amor le solicita;
si es que tu ríval maldita...
NIEVES. ¡Oh! no le creo capaz.
SEVERO. Pues, el mismo...
NIEVES. En su demencia
confesó que la adoraba;
pero, es que yo, le acosaba
con tan terrible insistencia,
que... ¡Para ella, sus caricias
y para mi... ¡Ay Dios! No obstante...
No se borra en un instante
un pasado de delicias
No puede ser tan traidor,
que, por saciar sus deseos,
la presente, por trofeos,
los despojos de mi honor.
Mira: si me cerciorase
de infamia tan increible...
(Desvaneciendo su irritante sospecha)
Si yo... No; no, no es posible.
Primero que ella lograse
su victoria...

SEVERO. ¡Bah!

NIEVES. Tutor
no sostengo lo contrario;
comprendo que, es necesario
que satisfagas tu honor.
Pero sé noble, sé bueno,
no desciendas de tu altura.
Tú vás, estoy bien segura,
al combate muy sereno,
y es preciso...

SEVERO. Vamos, ¿qué?

NIEVES. Que por mucho que él te irrite.

SEVERO. ¿Deseas que me limite
á defenderme? ¡Lo haré!

NIEVES. ¿Me lo juras?

SEVERO. ¡Como quieras!
Y si de algo ha de servir
que yo deje de existir;
por bien poco...

NIEVES. ¡Si murieras
por mi causa!

SEVERO. Para el caso
como si ya hubiese muerto.

NIEVES. (Cariñosa y tristemente)
¿Por qué razón?

SEVERO. Tén por cierto
que, si libro de este paso,
viva ó no viva ese hombre,
me alejaré, por no verte,
donde ni aún pueda ofenderte
el recuerdo de mi nombre

NIEVES. (Conmovida y llorosa)
¡Tu recuerdo!

SEVERO. ¡Es triste!

NIEVES. Si.
¡Nunca de mi ha de apartarse!

SEVERO. Y ¿cuando podrá borrarse
el que yó me llevo aquí?
(Le oprime la mano, se la besa con ternura y sale por la puerta del foro)

ESCENA ÚLTIMA

NIEVES después AMBROSIO

NIEVES. (Acercándose á la ventana de la derecha)
Allí está, cual fiera herida
disponiéndose á luchar...
¡Y no poderlo evitar
ni aún á costa de mi vida!

AMBROSIO. (Entrando con una maleta; se turba cuando vé á Nieves)
(¡Malhaya mi estupidez!)

NIEVES. ¿Tú? ¿dónde vas?

AMBROSIO. He creído...

NIEVES. ¡Habla!

AMBROSIO. (¡Pues no me he perdido
por la centésima vez..!)

NIEVES. ¿Qué es eso? ¿por qué has osado..?
Explícate.

AMBROSIO. (¡Cómo aprieta!)
Es, que llevo la maleta
del señor apoderado.

NIEVES. (Con ansia creciente)
¿Dónde?

AMBROSIO. Pues, á la estación.

NIEVES. ¿El te dijo?...

AMBROSIO. Si, señora,
aun no hace ni media hora.

NIEVES. ¡Y dudo de su traición!

AMBROSIO. Como le aguardan allí...

NIEVES. ¿Quién?

AMBROSIO. (Primero es mi inocencia)
Pues, la amiga de vuecencia.

NIEVES. ¡Pancha! ¿la que estuvo aquí?

AMBROSIO. La misma; se me escondió
en la casita de arriba.

NIEVES. (Iracunda) ¡Véte!

(Váse Ambrosio por donde salió)
(Nieves, preocupada y rabiosa; meditando)

¿Hay nadie que conciba...?
Es decir, que le esperó.
Y quieren á todo trance
mi desventura... ¡Cruel!

(Acercándose á la ventana de la derecha)

¡Allí van! Luego si él
sale con vida del lance...
descarada y sin rebozo
esa mujer vil y odiosa...
me le mostrará orgullosa
diciéndome, ébria de gozo:

(Con excitación violenta y aterrándose de lo que siente y dice)

¡Es mío! ¡sí! ¡mírale!
¡estás vencida! ¡humillada!
¡y perdida! ¡y deshonrada...!

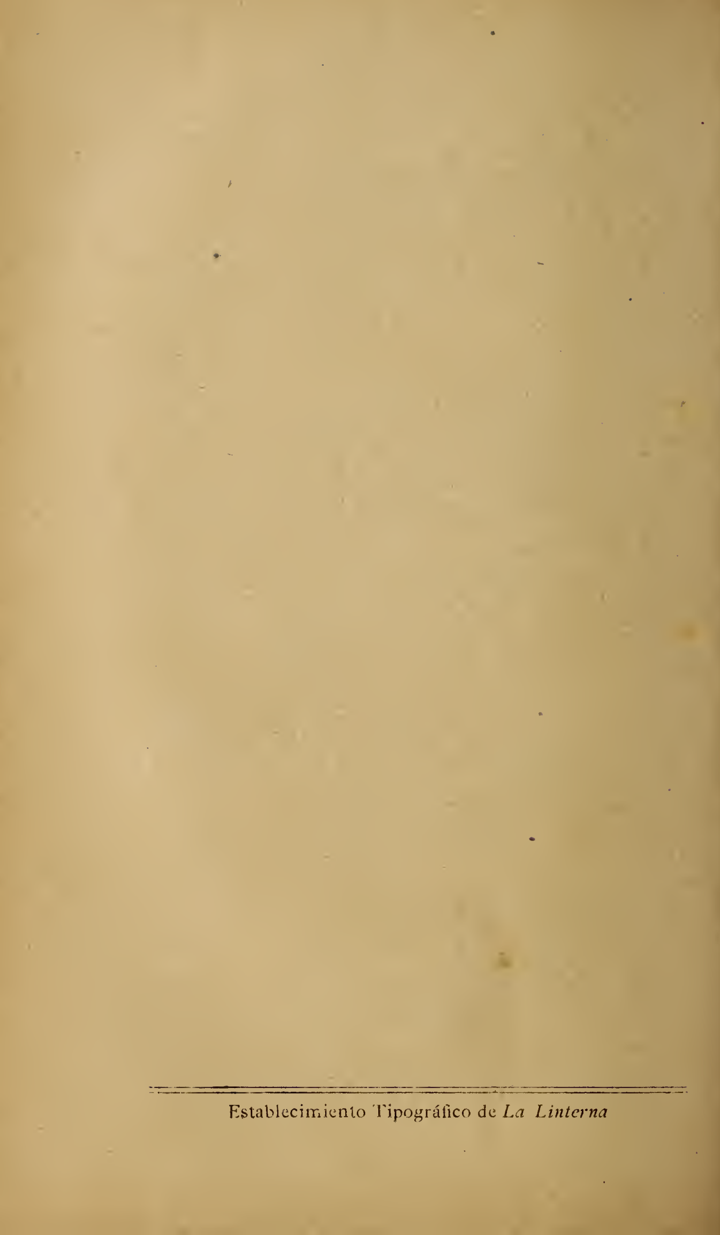
(Vacila un momento; sus ideas de amor y de venganza la impulsan; renace su orgullo, acordándose de su rival, que ahora la vence, y en un arranque de ira, descompuesta, loca, se acerca á la ventana, gritando con todas las energías que la presta su resolución desesperada)

¡Tutor! ¡¡Tutor!! ¡¡¡Mátale!!!

(Y llora con amargura, doblegando la cerviz, sin fuerzas para apartarse de la ventana, sin valor para mirar á los que por ella combaten)

(Cae pausadamente la cortina)

FIN DE LA COMEDIA



Establecimiento Tipográfico de *La Linterna*

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de la galería *El Teatro* y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al **EDITOR**, D. Florencio Fiscowich, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio DOS pesetas

Establecimiento Tipográfico de *La Lint[illegible]a,* Huertas, 58.